





Dramaturgia del pensamiento

La escritora está sola en casa.

Relee su tercera novela, *La Tribuna*, once años después de escribirla.

Este releer la va llevando a pensar, a recordar, a imaginar...

A hablar con sus lectores, que acaban por ser el público del teatro.

A hacer vivir algunos de los personajes e incluso a interactuar con ellos,
directamente o dándoles las réplicas en algunos de sus diálogos.

Se creará así un juego de primeros y segundos planos que,
mostrados simultáneamente,

el espectador habrá de percibir siempre como vivos y presentes,
pues así deberá de disponerlos la puesta en escena
y así habrán de entenderlos y encarnarlos las actrices.

Texto y dirección
Cándido Pazó

1



1a

Luz. Vemos a doña Emilia, sentada en una silla, leyendo en silencio. Se escucha, grabada, su voz:

DOÑA EMILIA.- “Lector indulgente: no quiero perder la buena costumbre de, como prólogo de mis novelas, empezar hablando contigo unas palabras. Más que nunca quiero mantenerla hoy, porque acerca de esta a la que ahora tienes a bien asomarte, *La Tribuna*, tengo varias cosas que decirte, para que caminen juntos el gusto y la necesidad.”

Tras una pensativa pausa, trascendiendo la dimensión concreta del espacio y del tiempo que habita, doña Emilia se pone en pie y, sin dejar el libro, pero levantando los ojos de él y dirigiéndolos al público, su pensamiento se hace palabra viva.

DOÑA EMILIA.- *(Directamente al público)* Una buena costumbre, sí. Hablarles a los lectores. Pensarlos intensamente, con empeño, con... determinación... hasta hacerlos carne presente. Un poco ingenuo, quizás. O pretencioso, incluso, pero muy... estimulante. Levantar los ojos del papel y saberte acompañada por... *(Pequeña pausa)* por tu público! Huy, que rimbombante suena eso... “Tu público”. Como si estuviésemos en el teatro! Pero qué bonito, al mismo tiempo! Sentir que hay alguien ahí delante, siguiendo la historia que le vas contando. Gente con quien hablar. Que nadie se ofenda. Por lo de gente. Quizás suena un poco vulgar. Pero no es mala cosa ser gente. O sí. Depende de cada uno, claro. Pero en fin, pongamos que Rousseau tenía razón, sin que sirva de precedente, y admitamos la hipótesis de que, en principio, todo el mundo es bueno. Así que... eso. *(Pequeña*

Texto y dirección
Cándido Pazó



pausa) Gracias por estar ahí. Por prestarme atención. Por escucharme. Por...

2

En las últimas frases del parlamento anterior entró Lupe, criada de la casa. En principio doña Emilia, absorta en sus pensamientos, no se da cuenta.

LUPE.- Señora... Doña Emilia...

DOÑA EMILIA.- *(Como tornando en sí)* Ay, perdón Lupiña, es que estaba...

LUPE.- Si molesto...

DOÑA EMILIA.- No, por favor. ¿Qué querías?

LUPE.- Yo nada. Es la señora quien quería.

DOÑA EMILIA.- ¿Cómo?

LUPE.- Que llamó.

DOÑA EMILIA.- Ah, sí. Voy a tener visita. Había que preparar algo...

LUPE.- Un té.

DOÑA EMILIA.- ¿Un té? Bueno, es lo fino con las visitas, sí, pero... pero prefería algo más...

LUPE.- ¿Café, entonces?

DOÑA EMILIA.- No, más aún. Chocolate.

LUPE.- *(Extrañada)* ¿Chocolate?

DOÑA EMILIA.- ¿No hay?

LUPE.- Hay, claro, pero...

DOÑA EMILIA.- ¿Pero qué?

Texto y dirección
Cándido Pazó



LUPE.- No sé, como dijo que... quería empezar a privarse un poco de la boca...

DOÑA EMILIA.- ¿Cuándo he dicho eso?

LUPE.- Ayer. Cuando la cocinera le dijo que no estábamos muy provistos. “Mejor -le dijo-, a partir de mañana quiero empezar a privarme un poco de la boca”.

DOÑA EMILIA.- Pues eso. A partir de mañana. Anda, ve. Y trae algo para mojar.

LUPE.- ¡¿También?!

DOÑA EMILIA.- No es por mí, mujer. Es por el pobre chocolate, que se pone triste sin compañía.

LUPE.- Ya. ¿Y qué le traigo?

DOÑA EMILIA.- Lo suyo serían unos churros, pero... No sé, unas pastas, unos bollos... Espera! Barquillos.

LUPE.- ¿Barquillos!?

DOÑA EMILIA.- Barquillos, sí.

LUPE.- Ay, pues... no tenemos.

DOÑA EMILIA.- ¿Y eso, ya no hay barquilleros en Marineda?

LUPE.- ¿Dónde?

DOÑA EMILIA.- En la Coruña.

LUPE.- Ah. Pues habrá, sí, pero... basta que los necesites para que no...

DOÑA EMILIA.- Pues síguete el rastro, mujer.

LUPE.- ¿!Como?!

DOÑA EMILIA.- Ya sabes. *(Imitando el pregón del barquillero)* Barquillé...



LUPE.- (*Yéndose*) Ay, doña Emilia, usted a veces tiene unas cosas, que yo me quedo...

1b

DOÑA EMILIA.- (*Al público*) Ahí no le falta razón. A veces tengo unas cosas que yo misma me quedo... Esta visita, por ejemplo. Tengo la impresión de que es uno de mis personajes el que viene a verme. Pero ser, es real. Di tú que... las fronteras entre lo real y lo imaginado pueden ser tan difusas....

3

El pensamiento se hace acción. Suena la campana de la Fábrica de Tabacos y entran en escena las cigarreras: Fina, Aurora, Amparo, Ana (a quien todas llaman la Comadreja) y Matilde. Cinco entre miles. Vienen cantando una canción de trabajo mientras colocan los avios de la Fábrica que portan: una silla y una caja cada una, en la que traen la hoja con la que, durante la escena, irán efectuando su tarea: elaborar cigarros. También traen un botijo, del que beberán de vez en cuando, y un caldero en el que a veces tirarán algún desperdicio.

CIGARREIRAS.- *Somos nós, somos nós, somos nós.
Somos nós, as mulleres obreiras,
que gañamos o pan co tabaco,
somos nós, catro mil cigarreiras.

Somos nós, somos nós, compañeiras,
as mulleres que van ao traballo.
Somos nós, que chegamos co Sol,
somos nós, que coa Lúa marchamos.*

Texto y dirección
Cándido Pazó



DOÑA EMILIA.- Aquí las tienen, mis cigarreras, bueno, lo de mías es un decir, claro, porque ser son muy tuyas. Que me lo digan a mí, que la primera vez que entré en la fábrica...

FINA.- *(Siguiendo con la faena)* ¡¿Qué pinta aquí esta señorona?!

AURORA.- ¿Quién es?

FINA.- La condesa de Pardo Bazán.

AURORA.- ¿Y qué le va a ella en lo nuestro?

FINA.- Lo nuestro es el tabaco, y ve tú a saber si no le da al cigarro de vez en cuando.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* La verdad es que aún no había probado ni el primero, más tarde no digo que no, pero...

COMADREJA.- Le importamos nosotras.

FINA.- ¿¡Nosotras!?

COMADREJA.- Dicen que quiere escribir un libro.

AMPARO.- ¿Y tú por qué lo sabes?

COMADREJA.- Porque lo sé.

AURORA.- *(A doña Emilia)* ¿Y qué piensa contar?

DOÑA EMILIA.- Aún no lo sé muy bien, por eso estoy aquí.

FINA.- Verá, señora, nosotras no entramos en su casa, no acudimos a sus salones ni a sus veladas... no nos metemos en su vida. ¿Por qué se mete usted en la nuestra?

DOÑA EMILIA.- Pues... *(Al público)* A ver, no era cuestión de ponerme allí a hablarles de corrientes literarias. El naturalismo, la observación directa... *(A Fina)* Porque soy escritora.



FINA.- (*Burlesca*) ¡Huy, escritora! ¡La señora es escritora, dónde va a parar!

AURORA.- Bien se ve que tiene quién le cuide los hijos y le atienda al marido.

FINA.- Mire, señora, si es escritora, escriba, escriba, que tiempo seguro que tiene de sobras para inventar fantasías y figuraciones de esas que tan bien quedan en los libros. Pero a nosotras déjenos en paz, que lo nuestro es de verdad. Verdad de la buena. En fin, eso es un decir, claro. De la buena algunas veces. De la mala muchas más. Y casi siempre... de la que cuadre. Pero real. Y ya se sabe que la realidad no luce. Así que...

Las cigarreras continúan con su trabajo. Amparo coge el botijo y sale de escena para irlo a llenar de agua.

4

DOÑA EMILIA.- (*Al público*) Pues no, tengo que reconocerlo, al principio no me recibieron muy bien. Lógico, ¿qué tenía yo que ver con ellas? ¿Que también era mujer? Bueno, sí... y no es poco, pero... No, yo era una intrusa en su mundo. Pero quería escribir sobre él. Como me dijo una vez un ilustre académico: hay otros menos rudos, más acordes a la delicadeza que se espera de la pluma femenina, llegó a decirme un académico. ¿Pero qué quieren? Se me había metido aquí. (*En la cabeza*). Sí, en mis paseos vespertinos, cuando me cruzaba con las legiones de operarias que venían de la fábrica. Yo al verlas pensaba: ¿y no habrá ahí alguna novela? Sí, seguro que sí. Donde hay cuatro mil mujeres hay cuatro mil historias. Alguna habrá que me inspire. Un hilo del que tirar.

Texto y dirección
Cándido Pazó

7



5

Mientras doña Emilia habla con el público, Amparo regresa con el botijo. Cuando iba a dirigirse a su sitio se siente atraída por una ventana y se detiene ante ella. Al poco tiempo, por el mismo sitio, entra Consolación, otra cigarrera, amiga de ella, que cojea de una pierna.

AMPARO.- Llegas tarde, Consolación.

CONSOLACIÓN.- Sí, es que pasé por Santa Úrsula. A la primera misa. ¿Y tú qué haces ahí?

AMPARO.- Me mandaron a por agua, pero... siempre que paso por delante de esta ventana, chica, quedo fascinada.

CONSOLACIÓN.- ¿Que quedas qué?

AMPARO.- Alelada, mujer.

CONSOLACIÓN.- Ah. Pues...

Tratando de entender la fascinación de Amparo, Consolación echa una ojeada examinadora a la ventana.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Y rebuscando, rebuscando, di con ese hilo, unos años atrás.

AMPARO.- Es la mejor ventana de la Fábrica.

CONSOLACIÓN.- ¿Y qué tiene? Es... cuadrada, como todas.

AMPARO.- Rectangular en todo caso. Pero lo digo por la vista, mujer.

CONSOLACIÓN.- Ah, ya.

Con limitada y escéptica curiosidad, Consolación da un paso adelante para acercarse a la ventana y echar un vistazo a lo que se ve desde ella.

Texto y dirección
Cándido Pazó



DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Ahora podría decir que... Refulgente por el Sol del medio día, reflejada en el mar, la vista de Marineda desde aquella ventana era ciertamente fascinante, pero...

Señala a Consolación que, encogiéndose de hombros, expresa su incompreensión por los méritos atribuidos a la vista.

AMPARO.- No hace tanto que yo corría por ahí.

CONSOLACIÓN.- ¿Por el mar?!

AMPARO.- Sí, claro, como las liebres. Por la ciudad, mujer. Por las calles. Esa era mi patria, mi paraíso terrenal.

CONSOLACIÓN.- Ay, Amparo, a veces hablas tan bonito!¹

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Pues sí, Amparo en eso era especial. Si me permiten la simpleza: tenía labia. Era hija de un barquillero y de una cigarrera, y había ido poco a la escuela, que la tuvo que dejar cuando la madre se quedó paralítica, pero lo poco que había ido le aprovechaba de maravilla, que hasta le leía el periódico a sus vecinos.

AMPARO.- *(A Consolación, siguiendo su conversación)* Que, a ver, entiéndeme, no es que me queje de trabajar aquí, al contrario, que en casa no era vida, chica.

CONSOLACIÓN.- Tampoco sería para tanto.

¹ La conversación continua en segundo plano, lo que supone que no será audible, pero será interpretada como si lo fuese:

AMPARO.- ¿Entonces no sabes lo que es el Paraíso Terrenal?

CONSOLACIÓN.- Sé, claro, que fui al catecismo. Donde vivían nuestros primeros padres.

AMPARO.- ¿Y cómo era aquello?

CONSOLACIÓN.- Pues... un lugar muy bonito, en el que se estaba muy bien...

AMPARO.- Pues eso era lo que me parecían a mí esas calles de pequeña. Yo era feliz en ellas, pero desde que entré en la Fábrica ya no...



AMPARO.- Ay no, tenía que levantarme todos los días a las cuatro de la mañana.

CONSOLACIÓN.- ¡A las cuatro de la mañana! ¿Para qué?

AMPARO.- Para ayudar a mi padre a hacer barquillos.

CONSOLACIÓN.- ¡Barquillos! ¡Qué suerte!

AMPARO.- ¿Suerte?

CONSOLACIÓN.- Podías comer los que quisieras.

AMPARO.- Quitá, quitá. ¡No dirías lo mismo si tuvieses que hacer seis mil cada día!

CONSOLACIÓN.- ¡Seis mil!

AMPARO.- Uno a uno.

CONSOLACIÓN.- Lo que yo daría por hacer barquillos y no cigarros.

AMPARO.- ¡Ey, ey, ey, sin cobrar!

CONSOLACIÓN.- Normal, eras una niña.

AMPARO.- Poco más era cuando entré en la Fábrica.

CONSOLACIÓN.- Es distinto.

AMPARO.- ¡Y tanto! Si ya te digo que yo aquí estoy encantada. Por muchas cosas...²

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Entre otras, una muy importante para ella. Bueno, para cualquier mujer: tener su propia vida, cosa que depende, en buena medida, de ganar su propio dinero.

CONSOLACIÓN.- ¿Pero cómo? ¿No le das el salario a tus padres?

² AMPARO.- Las compañeras. Un salario como es debido, que lo puedes ver y sabes que lo ganaste tú. En casa parecía una mendiga. Ahora, mira, tengo mi dinero...



AMPARO.- Todo. Todo lo que ellos piensan que es todo, ya me entiendes.

CONSOLACIÓN.- Pues no.

AMPARO.- Ay, Consolación, hija, a ti hay que explicártelo todo. ¿No cobramos por trabajo hecho?

CONSOLACIÓN.- Sí.

AMPARO.- ¿Pues entonces? ¿Qué saben ellos si cobro ocho o si cobro diez?

CONSOLACIÓN.- *(Persignándose)* Ay, yo eso es algo que yo...³

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Para Consolación engañar a los padres era el más aberrante de los pecados. Porque no los tenía. Padres, quiero decir. Bueno, y pecados seguro que no muchos, que era muy *santiña*. Eso sí, penitencias no le faltaban a la pobre: coja por un mal que casi la mata a los seis años, huérfana a los diez, con tres hermanos pequeños a su cargo...

CONSOLACIÓN.- Yo si no fuera por la Fábrica andaba pidiendo limosna. No hay día que no dé gracias al cielo por poder trabajar aquí.

AMPARO.- Y yo, mujer. ¡Claro que sí! ¡Y no sabes la fiesta que se armó en casa cuando me cogieron! Pero no sé, al mismo tiempo... A ver, como quien dice, yo me crie en la calle, y la echo de menos. Aquellas mañanas de aquí para allá, que en cuanto mi padre salía a vender los barquillos yo arrancaba por la puerta, como pájaro que escapa de la

³ AMPARO.- Bueno, mujer, ¿y que mal tiene?

CONSOLACIÓN.- Tú porque los tienes, pero yo..., Sólo de pensar en que podría engañar a mis padres, me entra una cosa... Será porque están muertos. Creo que me caería una desgracia como castigo. Y ya tengo un buen castigo con lo que tengo en casa. A veces me paro a pensar y...



jaula. Qué quieres... Aquí me siento encerrada. ¡Son tantísimas horas! Y ahora aún menos mal, pero al principio, chica, me ahogaba...⁴

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Normal, tenía los pulmones habituados al aire libre y se asfixiaba en aquella atmósfera espesa, aquella amalgama odorífera: el olor acre del tabaco humedecido, mezclado con las emanaciones de tanto cuerpo humano junto y con el vaho fétido de los retretes, allí al lado.

AMPARO.- Y después está la rutina. ¡Tener que hacer siempre lo mismo cada día! ¡Siempre lo mismo!

CONSOLACIÓN.- Pues a mí eso me gusta.

AMPARO.- Bueno, a todo se acostumbra una. Antes esto para mí era un infierno. Ahora es... un purgatorio. Y por esta ventana le echo un vistazo al paraíso cada vez que puedo.

6A

Se incorpora otra cigarrera al grupo. Es la Comadreja, amiga de las anteriores y que, cansada de esperar, las viene a buscar, visiblemente enfadada.

COMADREJA.- ¿Vosotras qué? ¿No pensáis venir nunca, o...?

DOÑA EMILIA.- Cuidado, llegó la Comadreja. Bueno, se llama Ana, pero...

AMPARO.- Perdona, mujer, es que nos entretuvimos...

COMADREJA.- ¿Con qué?

CONSOLACIÓN.- Con la vista, parece ser.

4

AMPARO.- Sobre todo al principio, que no estaba acostumbrada. Fue entrar allí y casi me caen las lágrimas. Mi madre ya me había hablado de los talleres, pero aún era peor de lo que pensaba. ¡Tanta gente allí junta... 4.000 mujeres! Y todos aquellos olores, con los retretes allí al lado...

Texto y dirección
Cándido Pazó



COMADREJA.- ¿Y qué le pasa? Es la de siempre.

CONSOLACIÓN.- Bueno, a ver, la de siempre, la de siempre, tampoco.

COMADREJA.- ¿Ah no? ¿Qué tiene hoy que no tuviese ayer?

AMPARO.- *(Medio en broma, por quitar hierro)* Aquella goleta, por ejemplo.

Ayer no estaba.

COMADREJA.- Eso no es una goleta, es un queche.

AMPARO.- Ay, perdone usted, doña “entiendodetodo”.

COMADREJA.- De todo, de todo, igual no, pero de esa materia sí, que tengo quien me instruya.

AMPARO.- ¿Y eso?

COMADREJA.- En uno como ese va de capitán mi...

AMPARO.- ¿Tú qué?

CONSOLACIÓN.- Su “menos es nada”.

COMADREJA.- Menos será el tuyo, Consolación, que nada es.

CONSOLACIÓN.- Nada de nada. Ni falta que hace.

COMADREJA.- Hace, hace.

CONSOLACIÓN.- A mí no.

COMADREJA.- Ay, no. Venga, vamos. Que aun nos van a reñir.

Se dirigen a su sitio. Al llegar se pondrán con el trabajo, pero seguirán con la conversación, lo que ralentizará la faena.

COMADREJA.- ¿Y tú por qué llegas tarde?

CONSOLACIÓN.- Porque sí.

COMADREJA.- ¿Por qué llegas tarde?

Texto y dirección
Cándido Pazó



CONSOLACIÓN.- Pasé por Santa Úrsula y...

COMADREJA.- Huy, mucho visitas tú a esas monjas últimamente. Que les querrás...?

AMPARO.- Meterse ella también.

CONSOLACIÓN.- ¿Por qué se lo dices?

COMADREJA.- No hace falta que me lo diga, que ya yo... Pero eso no irá en serio, ¿no?

CONSOLACIÓN.- Por mí, yo quería, pero... están mis hermanos y...

AMPARO.- Bueno, mujer, pronto han de valerse solos.

CONSOLACIÓN.- Sí, pero... También está la dote. Sin dote no te cogen y son muchos cuartos. ¿De dónde los saco?

COMADREJA.- ¡Déjate de eso, Consolación! Tú lo que tienes que hacer es echarte un novio y...

CONSOLACIÓN.- Sí, lo que me faltaba. Bastantes fatigas tengo ya.

COMADREJA.- Bueno, mujer. Los hombres fatigas dan, no digo que no, pero también dan consuelo. ¡Yo cuando llega mi capitán mercante es una alegría! Siempre me trae algún regalo, alguna monada...

CONSOLACIÓN.- Sí, y ahí queda la cosa.

COMADREJA.- Pues que sepas que la última vez hablamos de boda.

CONSOLACIÓN.- ¿Hablasteis o hablaste?

COMADREJA.- A ver, él es más bien callado. Pero que no, no dijo.

AMPARO.- ¿Y para cuándo?

COMADREJA.- Todo se andará. O... todo se navegará.



CONSOLACIÓN.- Pues que llegues a buen puerto. Pero mira, yo para...
“consuelos” ya tengo a Nuestra Señora, que para algo me llamo como me llamo.

COMADREJA.- Ya, mujer, también Amparo se llama como se llama por la patrona de la Fábrica, y bien sabe ella que como no se ampare por sí misma...

AMPARO.- Ey, ey, a mí ahí no me metas. Que yo a nuestra santa le tengo mucha fe.

COMADREJA.- Y yo, mujer. Toda la del mundo. Pero una cosa no quita la otra. Ya ves lo que miró por ella la Virgen de la Consolación.

CONSOLACIÓN.- ¡Calla, Ana, no hables así!

COMADREJA.- Callo, callo. Callamos todas, que con tanto palique la faena no rinde.

Se centran un momento en el trabajo, pero...

AMPARO.- Pues yo también tengo ahí...

COMADREJA.- *(Interesada, se detiene)* ¿Tú también tienes qué?

AMPARO.- *(Lo piensa mejor)* Nada. Nada. Venga, a la faena.

COMADREJA.- A la faena, a la faena. ¡Y qué prisa hay! ¿Qué tienes que contarnos?

AMPARO.- Nada.

COMADREJA.- Nada... el pez en el mar. Y tú echaste el anzuelo, así que...



AMPARO.- Pues, a ver, que... hay ahí un señorito que se cruza conmigo a cada poco, y ya me está pareciendo demasiada coincidencia. A ver, que creo...

CONSOLACIÓN.- Que te anda detrás.

AMPARO.- Creo que sí.

COMADREJA.- ¿Es militar?

AMPARO.- Es.

COMADREJA.- ¿Alférez?

AMPARO.- Sí.

COMADREJA.- (*Gritando encantada*) Ya sé quién es. Baltasar Sobrado.

AMPARO.- ¿Y quién te lo dijo?

COMADREJA.- Todo se sabe.

DOÑA EMILIA.- (*Al público*) Y más la Comadreja. Más marinedina que la Torre del Faro, de las que conoce a todo el mundo y a quien todo el mundo conoce.

COMADREJA.- Pues te digo una cosa. No te hagas muchas ilusiones. Ese lo que quiere es pasar el tiempo y después... ¡Buena tropa son los Sobrado! Yo los conozco bien porque una chica que tienen a servir es amiga mía.

DOÑA EMILIA.- (*Al público*) ¿Que les dije?

COMADREJA.- ¡Avarientos y miserables como la sarna!

AMPARO.- No sé... yo estuve una vez en su casa y no me lo parecieron.

COMADREJA.- ¡¿Cómo que estuviste...?!



AMPARO.- Hace dos años. En la noche de reyes. Andaba cantando agui-
naldos y nos mandaron entrar.

CONSOLACIÓN.- ¡¿En la casa?!

AMPARO.- Sí.

CONSOLACIÓN.- ¿Y cómo era?

AMPARO.- Pues... como son las casas de los señoritos. Yo qué sé, ya no
me acuerdo.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Sí que se acuerda. Pero no lo quiere recono-
cer. Había quedado maravillada: ¡Aquel piano primorosamente bar-
nizado, aquellos espejos con el marco dorado, aquellos cortinones de
damasco, los cuadros de caza, la porcelana china, los sofás...! Todo le
había parecido hermoso, distinguido...

COMADREJA.- Pues no es por nada, pero tu rondador, el señorito Balta-
sar, también va detrás de la hija de la viuda de García, una señoritin-
ga empalagosa que... Bueno, a lo mejor no te gusta el cuento.

AMPARO.- *(Disimulando unha cierta incomodidad)* Mira tú. ¿Y a mí qué me
importa? Cuenta, mujer, cuenta, que aún nos entretenemos.

COMADREJA.- Pues eso, que también va detrás de la remilgada esa. Pe-
ro sólo cuando le parece.

CONSOLACIÓN.- ¿Cómo cuando le parece?

COMADREJA.- Parece ser que la viuda de García, la madre de la empa-
lagosa tiene un pleito en Madrid por unos negocios que tenía allí el
marido. Si ganan quedan millonarias. Pero la cosa va y viene y no se
sabe en qué acabará. Y eso, que cuando parece que pintan oros, la



madre del alférez le dice que se arrime a la señorita Remilgos García.

Y cuando parece que pintan bastos le dice que se desarrime.

CONSOLACIÓN.- Es lo que yo digo, los hombres...

COMADREJA.- Y después está el amigote ese que va siempre con él.

Uno que parece que habla dentro de una olla. Borrén se llama.

AMPARO.- ¿Uno que es capitán?

COMADREJA.- Sí. ¿Lo conoces?

AMPARO.- Estaba allí aquella noche.

COMADREJA.- ¡Ese es un baboso! Siempre soltándote alguna. ¡Y mirón...!

AMPARO.- No sé, pero... bueno... Yo entré en la Fábrica gracias a él.

COMADREJA.- ¿Y eso?

AMPARO.- Por la noche aquella. Al parecer tiene un pariente en la dirección y Balta... bueno, el alférez le pidió que me recomendase.

COMADREJA.- Ay, entonces ya te tiene el ojo echado desde aquella.

AMPARO.- ¿Pero qué dices? Si yo era una niña. Lo típico, nos preguntaron que queríamos ser de grandes y yo dije que cigarrera como mi mamá. Pero vamos, ni para mí miró.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Pero el capitán sí. Y bien que se lo hizo notar a su subordinado amigo. *(Imitando la voz de Borrén)* Mire qué potrilla, Baltasar. Esta va a dar una buena yegua. No hay que perderla de vista. Hágame caso, que yo de este ganado entiendo.

COMADREJA.- Pero mira, tú también tienes otro pretendiente.

AMPARO.- ¿Quién?

Texto y dirección
Cándido Pazó



COMADREJA.- El chaval de los barquillos. El ayudante ese de tu padre.

AMPARO.- ¡¿Pero qué dices?!

COMADREJA.- Viene a esperarte todos los días. Bien se ve que está *derretidiño* por ti.

AMPARO.- ¡Ay, mujer, por favor, en tan poco me estimas! ¡Era lo que me faltaba! ¡El animal ese!

Suena la campana de la Fábrica. Como las demás cigarreras, las tres mozas dan por rematada la faena y se disponen para salir.

CONSOLACIÓN.- Venga, vamos. Que enredamos, enredamos... ¡Hombres, hombres, hombres!

7

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Hombres, hombres, hombres. ¿Se podría contar una historia sin ellos? *(Pausa)* ¡Bueno, sin nosotras se han contado tantas...! No, seguramente no. Pero sólo por probar. Como experimento. Además, que en esta tampoco hay tantos. A ver, está el padre de Amparo, Rosendo se llama; el alférez, Baltasar Sobrado; su amigo, el capitán Borrén; y.... nadie más. Ah, sí. ¡Claro que sí! ¡Por favor! ¡El animal ese! Chinto, que tiene nombre, el pobre. Un rapaz que había cogido de pinche el señor Rosendo, para ayudarlo con los barquillos. Una especie de bestia. No por malo, que no lo era, pobre. Por *brutiño* y por feo, que eso sí que lo era, y con ganas. Venía de la aldea y se moría de morriña por ella. Hasta que empezó a descubrir los encantos de la ciudad. Y entre ellos el mejor, o como diría él, el “más mejor”, el que le llenaba el ojo y el corazón: Amparo.

Texto y dirección
Cándido Pazó



8

Entran en escena Amparo y la Comadreja. Van por la calle, camino de sus casas. En un momento dado la Comadreja para y mira hacia atrás, a lo lejos.

COMADREJA.- Espera ahí. Ya me extrañaba a mí.

AMPARO.- ¿Lo que?

COMADREJA.- Tu... El animal ese, como dices tú. Se me hacía raro no verlo hoy.

AMPARO.- Calla, mujer. ¡Qué condena!

COMADREJA.- Pues ahí te viene.

AMPARO.- ¿¡Qué!?

COMADREJA.- ¿No es aquel que viene corriendo allá atrás?

AMPARO.- ¡No puede ser!

COMADREJA.- Puede, puede. *(Yéndose)* Bueno, chica. Te dejo aquí, que mi camino va por otros pagos.

AMPARO.- No, espera, por favor.

COMADREJA.- ¿Para qué, mujer? *(Saliendo)* Si ya tienes quien te acompañe.

AMPARO.- Pues por eso.

COMADREJA.- Si llevase uniforme seguro que no le hacías tantos ascos.

AMPARO.- ¡Espera!



DOÑA EMILIA.- ¡Espera⁵! Gritaba también desde lejos el animal. ¡Espera!

AMPARO.- (*Parando y encarándose a Chinto⁶*) ¿Pero a ti qué te pasa, escarabajo? ¿Qué mierda quieres?

DOÑA EMILIA.- Perdona, mujer. Quise acercarme a la Fábrica como todos los días. Pero me entretuve con el vapor de La Habana, que salía. ¡Más bonito! ¡Echaba una de humo! Y pitaba, fiuuuu, fiuuu, fiuuu. ¿Por qué no me *esperastes*?

AMPARO.- ¿Y por qué había de esperarte? ¡Era lo que faltaba! Y además, ¿a qué tienes que ir tú a la Fábrica?

DOÑA EMILIA.- A vender por allí. Y así espero a que salgas y te acompañe. Para que no vayas sola para casa, mujer. Lo hago por bien.

AMPARO.- ¡Pues yo te lo digo por mal! ¡No me pudras más la sangre con tus esperas y tus compañas! ¿Soy una niña o qué? ¡Anda a vender barquillos por ahí adelante, donde haya señoritos que los compren, que en la Fábrica maldito el real que sacas en toda la tarde! ¡Animal!

OSCURO

9

Luz. Como quien esgrime una espada triunfadora, entra Fina con un periódico en la mano y gritando exultante...

FINA.- ¡De esta fue!

⁵ Con el libro en la mano, y leyendo en él la parte correspondiente, doña Emilia asumirá el punto de vista interpretativo del personaje de Chinto, pero sin ocupar su sitio en escena. Este sistema se repetirá en sucesivas ocasiones con otros personajes masculinos.

⁶ La actriz hablará hacia el lugar por donde se supone que viene Chinto que, aunque no esté físicamente, para ella es real.



Detrás de ella entran el resto de las cigarrereras. Algunas, como la Comadreja, más bien escépticas, pero dejándose llevar. Otras, como Consolación, tímidas pero participativas. Otras, como Aurora, despistadas. Y una mayoría, con Fina a la cabeza, pero también Amparo y Pura la Tuerta (una cigarrera que tiene un parche en un ojo), desatadamente entusiasmadas y expresando su euforia cantando:

CIGARRERAS.- *Desta foi, desta foi, desta foi,
desta foi, esta vez non fallamos.
Xa a Borbona se foi do país.
Non se foi, non se foi que a botamos.

Xa era hora, por fin o logramos,
expulsar esa corte “corruta”
e librarnos dunha santa vez
desa tropa de fillos de...*

Bajo la lúdica dirección de Fina, pero conocedoras y partícipes del código irónico, las cigarrereras paran en seco antes de la última palabra y... salen de escena para dirigirse a otros talleres de la Fábrica. Doña Emilia observó con cara de circunstancias la celebración.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* La Gloriosa. Que en gloria esté. Hoy, veinticinco años después casi que me hace gracia aquella revolución, pero en su momento... A ver, no voy a decir que fuese una sorpresa, que anuncios no faltaban desde hacía unos años: pronunciamientos militares que quedaban en nada, golpes fracasados... Ya saben, aquello parecía el célebre cuento de Pedro y el lobo. Pero finalmente el lobo llegó.

Desde uno de los otros talleres entran de nuevo las cigarrereras en escena.

Texto y dirección
Cándido Pazó



CIGARRERAS.- *Desta foi, desta foi, desta foi,
desta foi, esta vez triunfamos.
Xa a Borbona se foi do país.
Non se foi, non se foi... (Silencio) que a botamos.*

AURORA.- ¿A quién echamos?

CONSOLACIÓN.- ¿Estás sorda o qué? A la Bombona.

AMPARO.- Borbona, Consolación, Borbona.

AURORA.- ¿Quién?

FINA.- María Isabel Luísa de Borbón y Borbón. Isabel II.

AURORA.- ¿La reina?

FINA.- Claro.

AURORA.- ¿Entonces quién manda ahora?

AMPARO.- No se sabe muy bien aún. Es todo muy reciente.

PURA LA TUERTA.- Se sabe, se sabe. Mandamos nosotras.

CONSOLACIÓN.- ¿Las cigarreras?

PURA LA TUERTA.- El pueblo.

COMADREJA.- Huy, demasiada gente a mandar, entonces.

AURORA.- Sí, y donde todos mandan nadie gobierna.

FINA.- A ver... la cosa es así: por ahora gobierna el general Prim. Junto con Serrano, que viene siendo como era la reina, pero sin serlo.

COMADREJA.- Pues claro, para eso tenía que ser Serrana.

AMPARO.- Es el regente. Todo es provisional. Explícalo como es debido, Fina.



FINA.- A ver...⁷

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* No es fácil, ojo, que la Revolución tenía mucha familia. Padres putativos a cientos, tíos políticos a miles. Y todos los pretendientes. Serrano, que no le importaría ser algo más regio que regente. Espartero, que también se apuntaba. Prim, que quería traer un rey de fuera. El duque de Montpensier, cuñado de la Reina, que aspiraba a sustituirla. Y después estaban los carlistas... *(Pausa)* que querían pescar a río revuelto. Sin olvidar a los partidarios de los depuestos Borbones, que ellos sí que no se olvidaron.

PURA LA TUERTA.- ¡¿Pero qué mierda es esa?! ¡Se hace una revolución para echar a la monarquía y nos salen media docena de aspirantes a monarcas!

FINA.- A ver, a ver, a ver. Primero. Hay muchos tipos de monarquía.

PURA LA TUERTA.- ¡También aquí hay muchos tipos de tabaco, pero todo es tabaco finalmente!

AMPARO.- En eso no le falta razón.

AURORA.- Sí, ahí estuvo fina.

COMADREJA.- No, Fina está allí.

FINA.- ¡Pero dejarme acabar! Y segundo. Lo bueno siempre se deja para el final. Y lo bueno es...

AMPARO.- ¡La República!

FINA.- Federal.

⁷ FINA.- Prim es el presidente del consejo de ministros. Serrano el jefe de estado. Provisionalmente. Hasta que se decida uno definitivo. Que puede ser un rey nuevo. Y ahí se habla de varias posibilidades: está el duque de Montpensier, que es pariente del emperador de Francia; u otro que venga de Europa. Y hay que tener cuidado con los carlistas, que quieren poner al suyo. Y con los partidarios de la Borbona, claro.



PURA LA TUERTA.- ¿Pues sabéis qué os digo? Que eso de dejar lo bueno para el final es una mierda. A lo bueno hay que meterle el diente a la primera, antes de que se eche a perder o que te lo quiten de la boca.

FINA.- Tranquila.

PURA LA TUERTA.- Tranquila se murió cagando.

FINA.- ¡A ver! Cada cosa tiene su tiempo. Esto es como hacer un cigarro, que va por pasos. Ahora mismo lo que nos tiene que quedar claro es por qué se hizo lo que se hizo, y sobre todo para qué se hizo.

COMADREJA.- ¿Y quién nos lo va a decir? ¿Tú?

FINA.- Yo no. *(Enseñando el periódico)* Viene aquí. Aquí. Y muy clarito. *Atender. Ciudadanos y.... com...pa...triotas.*

Con cierto trabajo lee el titular, pero cuando trata de leer el cuerpo del artículo... se traba. No le da la vista. Aleja el periódico... busca la luz... pero nada.

COMADREJA.- Huy, parece que tan clarito, tan clarito, no viene.

FINA.- Hoy...

AURORA.- Hoy Fina no tiene la vista muy... fina.

COMADREJA.- Sí, por eso no da leído la letra más... fina.

Ante el naciente clima de sorna y cachondeo general que puede echar a perder la improvisada asamblea, Amparo da un paso adelante. Va donde está Fina, le coge el periódico, sube a un lugar alto y, con toda seguridad, lee.

AMPARO.- Ciudadanos y compatriotas. *(Como por un efecto mágico, sus maneras firmes y resueltas captan la atención inmediata de sus compañeras)* “Hoy



es un día glorioso que quedará marcado en letras doradas en los anales de la historia patria, porque, por fin y para siempre, la tiranía y el despotismo fueron desterrados de la Nación. Se abre ante nosotros una nueva era y hoy asistimos a su advenimiento.”

AURORA.- ¿A que dijo que asistimos?

PURA LA TUERTA.- No lo sé muy bien, pero llega algo nuevo, que es lo que cuenta.

CONSOLACIÓN.- Y si lo nuevo no es bueno?

FINA.- ¡*Callar y atender, coño!* (*A Amparo*) Dale, nena, que lo haces muy bien.⁸

DOÑA EMILIA.- (*Al público*) ¡Y tanto que sí! En su voz timbrada y en sus maneras resueltas aquella proclama sonaba de maravilla. E ingredientes maravillosos no le faltaban: justicia social, redención de las clases obreras, educación pública y gratuita, libertad religiosa, igualdad, fraternidad universal...

COMADREJA.- Muy bien, muy bien, una letra muy bonita. Muy bonita. Y la música que tú le pones, aún la mejora. Pero finalmente es eso, letra. Y en la letra ya sabemos quién manda.

AMPARO.- La gente letrada, sí. Por eso les conviene que los del común no lo seamos. Para que lo dejemos todo en sus manos y así poder llevarnos atados por la cuerda más dura de romper que hay: la de la ignorancia.

Tras procesar las inspiradas palabras de Amparo, las compañeras aplauden.

⁸ AMPARO.- Una era en la que, viviendo en un ámbito de justicia social, el hombre dejará de ser lobo para el hombre. Una era en la que se reconocerán los derechos de los trabajadores, la libertad religiosa y la instrucción pública.



Emilia y cigarreras



COMADREJA.- Te felicito, Amparo, de verdad. No es sólo que leas bien, es que aún hablas mejor. Pero hablar bien también lo hacen los curas. Desde el púlpito. Pero hay que bajar al suelo.

AURORA.- Eso es verdad.

AMPARO.- Pues bajo, entonces. ¿A ti no te murió un hijo en África?

AURORA.- Sí, en Tetuán.

AMPARO.- ¿Y a qué fue allá, tan lejos?

AURORA.- No fue. Lo mandaron ir.

AMPARO.- *(A todas)* Ahí lo tenéis, para muestra un botón. ¿Qué es eso de que a una madre le arranquen un hijo y lo lleven a que los cañones lo destrocen por servir al rey? ¡Hay que acabar con las quintas! ¡O van todos o no va nadie! ¡No puede ser que los ricos paguen con dinero y los pobres paguen con sangre!

AURORA.- *(A las demás, interpretando la aprobación general)* ¡Bien dicho!

AMPARO.- Y otro botón más. Y que nos abrocha a todas. Aquí, en la Fábrica. ¿Por qué nos mandan siempre tabaco tan cativo? Filipino casi siempre. Hoja ruin con la que el trabajo no rinde conforme a nuestro esfuerzo. ¿Por qué? Porque las buenas partidas van siempre para Madrid. ¿Por qué? Porque es donde se toman las decisiones. Y ya sabéis: el que parte bien reparte y queda con la mejor parte. Para ellos el cubano, para nosotras la purrela. Qué pasa, ¿que nuestros dedos no son tan finos y habilidosos como los de allá? ¿O somos trabajadoras de segunda a las que no se les puede confiar género de primera? ¿Sabéis cómo se llama ese botón? ¡Centralismo! Uno de los tantísimos males que nos afectan a todas. ¿Y qué es lo que nos puede traer la cura de esos males? ¡La República!



PURA LA TUERTA.- ¡La República!

AMPARO.- La República, sí.

FINA.- Cuando venga.

AURORA.- Si viene.

PURA LA TUERTA.- ¡Tiene que venir!

AMPARO.- ¡Vendrá, vendrá! ¡Seguro que vendrá!

FINA.- ¡La Federal!

AMPARO.- ¡La Federal!

Exultantes, las cigarreras se van, dejando la escena vacía, con la única presencia de doña Emilia que, sentada, está leyendo su novela.

10

DOÑA EMILIA.- *(Al público, levantándose)* Disculpen mi poco entusiasmo.

Que podría dejarme llevar, eh, que para entusiasmos yo siempre estoy dispuesta, pero... ¿qué quieren que les diga? Pues eso, que la fruta cae cuando está madura. Y entonces no lo estaba. También está lo de sacudir el árbol, claro. Pero no siempre se puede. O no siempre te dejan. En todo caso, las cosas vienen... cuando tienen que venir. Y, mientras tanto, lo que viene es, como siempre... *(Señalando un lateral)* el día a día.

11

Por el lateral señalado por doña Emilia entran Amparo y la Comadreja, que pasean por el puerto de Marineda un domingo a la tarde.

Texto y dirección
Cándido Pazó



COMADREJA.- Míralo. Ya está arribando. El *Bella Luisa*. Qué bien navega. Se ve que tiene buen capitán.

AMPARO.- Pues entonces te dejo, que seguro que quieres estar a solas con él.

COMADREJA.- No, mujer, que me apetece mucho presentártelo. Además que aún va a tardar un poco. Embocar la ría tiene su aquel.

AMPARO.- Es que quería llegar a casa con día.

COMADREJA.- Venga, mujer, que seguro que nos invita a subir a bordo. ¿A que nunca viste un barco por dentro?

AMPARO.- Bueno, hay tantas cosas que nunca vi.

COMADREJA.- Pues mira, qué mejor forma de acabar un domingo. Anda, siéntate por aquí, que aún hay tiempo.

AMPARO.- ¿Y no tienes miedo a que...?

COMADREJA.- ¿Con esta mar? Ninguno.

AMPARO.- No, mujer. ¿Si no tienes miedo a que... algún día te... deje?

COMADREJA.- ¿Y por qué me iba a dejar? ¡Diez años de relaciones llevamos!

AMPARO.- Por eso... a lo mejor...

COMADREJA.- Pues mira, en tal caso, que me quiten lo bailado. ¿A ver quien puede presumir de llevar tanto tiempo con un hombre de ese mérito?

AMPARO.- Ay, chica, ¿pues yo qué quieres que te diga? Por esas cosas no paso. Yo quiero ir con la cabeza bien alta.

COMADREJA.- Pues entonces más te valía agacharla un poco.



AMPARO.- ¿Qué?

COMADREJA.- Para no ponerla tan a tiro, mujer. ¿O piensas que el de Sobrado tiene alguna intención de casarse contigo?

AMPARO.- ¿El de Sobrado? ¿Y qué tengo que ver yo con el de Sobrado?

COMADREJA.- A ver, Amparo, que sé que la cosa va...

AMPARO.- ¿¡Va qué, *ho*, va qué?! A ver, me saluda al pasar. Y yo que soy educada le contesto.

COMADREJA.- Y algo más también.

AMPARO.- Bueno, alguna conversación de vez en cuando, no digo que no. Cuatro palabras, que más cuerda no le doy. Buena soy yo.

COMADREJA.- Claro, mujer. Pero como es militar...

AMPARO.- ¿Qué?

COMADREJA.- Que eso, que sabe que los asedios requieren paciencia y...

AMPARO.- Pues que se arme bien de ella, que buena falta le va a hacer.

COMADREJA.- Bueno, por ahora creo que te va a dar una tregua.

AMPARO.- ¿Y eso?

COMADREJA.- Lo ascendieron a teniente y lo mandan a las Vascongadas. A luchar contra los carlistas. A ver si no le meten un trabucazo.
(*Con sorna*) Mira, quedabas viuda antes de...

AMPARO.- ¡Bah!

COMADREJA.- ¿Ves? Ese sí que era un buen plan. Viuda. ¡Mucho mejor que casada, donde va a parar! Viuda de. Y a poder ser, joven. Claro que para eso tenías que casarte antes y ya te digo yo que esa breva no...



AMPARO.- ¡Y dale! ¿Y a mí qué me importa eso? Y en todo caso, si se diese la cosa, es un suponer, ¿por qué no se había de casar conmigo? ¿Qué pasa? ¿Que no soy de la misma madera que otras que eran de mi condición y que un día...? Mira la de Ortiz, esa tan guapa, que viste tan bien. En tiempos vendía pescado por la calle, y después fue cigarrera. Hasta que se casó con ese hombre tan rico, y ahí la tienes. Y otra docena de ejemplos podía darte. Y además, desde que fue la Gloriosa lo de las clases ya no es como antes. Ese rey que trajeron de Italia dicen que le da la mano a todo el mundo. Y si viene la Federal, entonces ya...

COMADREJA.- Sí, sí, vétele tú con ese cuento a doña Dolores de Sobrado, la madre de tu...

AMPARO.- ¡Uy, cuidado que mancho! Ni que los de Sobrado fuesen de la aristocracia. Pero si aún hay quien los recuerda cargando fardos en el almacén del Catalán, que por ahí empezaron. ¡Hijos del trabajo, como tú y como yo!

COMADREJA.- Si eso ya lo sé, mujer, pero...

AMPARO.- Pero nada, Ana. ¿Sabes que te digo? Que si a ellos no le valen los del común, los del común también nos valemos sin ellos, que para comer no les he de pedir. Y el hijo, si quiere algo conmigo, que venga con el cura de la mano.

COMADREJA.- *(Se ríe)* Tú dices que me pones una docena de ejemplos, pues yo también sé de una docena que decían lo mismo que tú y acabaron... como acabaron. *(Ante la reacción de Amparo)* Ay, no me lo tomes a mal, que por mal no te lo digo.

AMPARO.- Pues lo parece.



COMADREJA.- No, mujer. Cada una que viva a su manera. Pero suya. Sin fiar en promesas ni llamarse a engaños. Casar, casar, casar... Que a ver, ¡claro que sí! Pero mientras tanto hay más vida, ¿o qué? Pues habrá que vivirla, ¿no? Que para monja ya está Consolación. *(Dada la expresión de Amparo)* Pero dejemos el tema. Dejemos el tema, que no quiero que te enfades conmigo. *(Señalando)* Mira, ya está atracando. Vamos. *(Yendo)* ¿Y qué, que tal la gente por casa?

AMPARO.- Bueno, mi madre tullida como siempre y mi padre... más viejo.

COMADREJA.- ¿Y el otro?

AMPARO.- ¿Que otro?

COMADREJA.- Chinto.

AMPARO.- Preguntaste por la gente.

COMADREJA.- *(Saliendo)* De verdad, como eres.

AMPARO.- *(Saliendo)* Pues que quieres que te diga...

12

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Podía decirle que el mozo trabajaba como lo que ella pensaba que era: un animal. Que ahora que el padre ya no estaba para muchos trotes, era él quien se ocupaba de todo. De todo, todo. No sólo de la faena de los barquillos. También de ir por agua a la fuente, limpiar la cocina, ir por sardinas a la plaza, y asarlas, claro, partir leña, poner el caldo al fuego, atender a la impedida, que incluso le había preparado una especie de silla con ruedas... Pero no, lo único que le dijo fue... ¡que un día el rapaz había llegado tarde a casa y oliendo a vino! *(Paródica)* Y que ella se lo había contado a la madre, y que la vieja, que por cierto, abstinencia no era, lo había agarrado por los



pelos... “qué tienes tú que andar por las tabernas, pendejo, otra vez que cates el vino le voy a decir a Rosendo que te dé una paliza con la correa”, y él “sólo fueron un par de *chiquitas* con un amigo de la aldea que encontré”. Y que después ella, Amparo, lo había echado de casa de un empujón, “¡venga, a dormir fuera, borracho!”

¡Pobre animal! ¡Y tan pobre! Que no hay pobreza más pobre que la del pobre que tiene que servir a pobres.

13

Suena la campana de la Fábrica. Entran las cigarrereras y lo disponen todo para el trabajo que, como siempre, harán mientras charlan. Amparo no está. Pura la Tuerta lleva un pañuelo que le tapa parte de la cara.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Pero, en fin, como ven la vida continúa, como tiene por costumbre. Y el tiempo pasa y... bueno, ya se sabe: siete días hacen una semana, cuatro semanas un mes, doce meses un año...

COMADREJA.- Y entonces, Pura, ¿tienes una muela picada o qué?

PURA LA TUERTA.- Sí, sí. Y me está matando.

COMADREJA.- Ya. *(Bajito)* Te está matando, sí.

AURORA.- Y *mirar* una cosa... ¿No vino a trabajar hoy... la Tribuna?

FINA.- Calla, mujer. ¿Y cómo iba a venir?

AURORA.- ¿Por?

FINA.- ¿Pero no sabes cómo acabó la cosa?

AURORA.- Bueno... yo no me quedé hasta el final. Vivir en la aldea es lo que tiene, que hay que marchar antes.

CONSOLACIÓN.- ¿De qué habláis?

Texto y dirección
Cándido Pazó



AURORA.- De ayer, en la... ¿Como se llamaba aquello?

FINA.- Convención Federal.

COMADREJA.- (*A Consolación*) ¿Tú sabes lo que es eso? Mira que una convención no tiene nada que ver con un convento.

AURORA.- No le hables así. Hay que respetar las ideas de cada uno, que ya lo dijo el *viejiño* aquel, ayer en la...

PURA LA TUERTA.- Convención.

AURORA.- Esa.

FINA.- (*A Consolación, que parece no entender nada*) Viene siendo como... un encuentro, pero muy grande.

COMADREJA.- Una romería, mujer.

AURORA.- Bueno, las romerías son a campo abierto y aquello fue dentro.

CONSOLACIÓN.- ¿Dentro de dónde?

FINA.- Del Círculo de Operarios.

AURORA.- ¡Aunque mejor sería haberlo hecho fuera, porque allí no se cabía, mi má!

CONSOLACIÓN.- ¿Tanta gente había?

AURORA.- ¡Un mundo!

FINA.- Es que vinieron delegados de todas partes. Y el público, claro.

AURORA.- A mí el que más me gustó fue el *viejiño*.

PURA LA TUERTA.- ¡Y dale con el *viejiño*! ¿Qué *viejiño*?

AURORA.- El de las barbas blancas. El que mandaba en la...

PURA LA TUERTA.- ¡Convención! Y no mandaba. Presidía.

Texto y dirección
Cándido Pazó



AURORA.- Bueno, ahora le llaman así. ¡Qué bonito habló! (*Tratando de darle la elocuencia del orador*) Que todo se había de enderezar si se obraba con buena voluntad y rectitud moral, que los republicanos tenían que quererse como hermanos para ser ejemplo de con... con...

FINA.- Condordia.

AURORA.- Concordia fraterna.

FINA.- Pues sí, habían de venir allí arrastrados de las orejas los que piensan que los republicanos dicen cosas malas. No señor, allí se cantaba clarito lo que somos: paz, libertad, trabajo, honradez y las manos muy limpias.

PURA LA TUERTA.- Así se habla.

CONSOLACIÓN.- Sí, pero... Sólo por preguntar, eh, que no quiero que nadie se... ¿No decían cuando vino el barullo de la revolución el año pasado, que nos iban a dar todo eso? Conforme aquellos no lo dieron, podría pasar que no lo den estos otros, ¿no?

FINA.- ¡No! No, no, no. Estos son de otro ser. Estos miran por el bien del pueblo.

COMADREJA.- Bueno, lo que miran... ya se verá. Si se ve. Porque...

FINA.- ¿Porque qué?

COMADREJA.- Porque por ahora... tragan con lo que les echen. Tanta fiesta que hicisteis por largar a la Borbona, que lo merecía, y ahora os pusieron otro rey. Y de fuera.

PURA LA TUERTA.- Ahí le doy la razón.

CONSOLACIÓN.- Pero parece *bueniño*, ¿no?



AURORA.- Ay, eso sí. *Bueniño* parece. Lo que no me gusta nada es el nombre. ¡Amadeo, por favor! Ese es un nombre de un panadero, no de un rey.

COMADREJA.- Y ya puestos, yo también quiero preguntar. ¿Qué hay de eso que se comenta de que van a quitar la estancación?

FINA.- ¡Hala, ya salió el temita de la estancación! ¡Que eso sólo es un rumor!

DOÑA EMILIA.- (*Al público*) Estarán preguntándose qué es eso de la estancación: el monopolio estatal sobre el tabaco.

FINA.- Y además. ¿Si desestancan qué? Ahora el Gobierno nos tiene aquí presas. Ganamos lo que a él le da la gana. Si nos mandan malas consignas, como bien dijo Amparo, tenemos que roerlas. Él chupa y engorda. Y nosotras achantamos. ¡Si quitan la estancación que la quiten! Aquí las reinas somos nosotras. Las que tenemos la habilidad en las manos. Es con nosotras con quien tiene que venir a dar el consumidor, y el estanquero, y si viene a mano, el ministro del ramo.

COMADREJA.- Muy bien, muy bien, pero... Una pregunta más: ¿A día de hoy falta gente que quiera trabajar en la Fábrica?

PURA LA TUERTA.- ¡Qué va a faltar! Cada día se necesitan más recomendaciones.

COMADREJA.- ¡Pues ahí lo tenéis! El día que quiten la estancación se echa medio mundo a trabajar en el tabaco. Y habiendo mucha gente para trabajar, ya se sabe... los precios por el suelo.

AURORA.- Ahí razón no le falta. En mi aldea había un capador, y ganaba bien la vida. Pero ahora hay tres, y adiós al negocio.



PURA LA TUERTA.- ¡Qué tendrá que ver hacer cigarros con cortar cojones!

AURORA.- *(Triscando con las tijeras)* Ay...

FINA.- En todo caso, eso no es cosa de los republicanos.

PURA LA TUERTA.- Ya. Pero seguro que nos echan la culpa también.

FINA.- Sí, como de todo. Sobre eso habló muy bien ayer Amparo.

CONSOLACIÓN.- ¿Cómo, también habló ella?

FINA.- Sí, en nombre de todas nosotras.

COMADREJA.- ¡Ey, ey, ey! En el mío no. Y no lo digo por mal, que bien sabéis que somos amigas, pero cada una...

FINA.- En nombre de las que fuimos.

AURORA.- Yo en lo que no estoy de acuerdo es en eso que hicisteis al principio.

FINA.- ¿Lo qué?

AURORA.- Lo de ponerlos en fila alumbrando con cirios la llegada de los... estos que hablaron.

PURA LA TUERTA.- Los delegados.

AURORA.- Esos.

CONSOLACIÓN.- ¡Ay, ave María Purísima! ¿Como quien alumbra a los santos?

PURA LA TUERTA.- Bueno, a mí tampoco me chistó mucho aquello, pero... bonito quedó.

AURORA.- ¡Ay, eso sí! ¡Bonito sí!

FINA.- Bueno, ¡¡¡ y Amparo...!!!

Texto y dirección
Cándido Pazó



COMADREJA.- ¿Amparo qué?

FINA.- ¿Qué? ¡La sensación de la velada! Con un vestido que le realzaba la figura, así... del color del tabaco fino, tipo Virginia. Y un pañolón de Manila, de un rojo vivo que atraía la luz, a juego con un ramo de flores que llevaba. ¡Rosas de Bengala con matices de sangre!

DOÑA EMILIA.- (*Al público*) Pues sí. ¡Parecía la representación de la libertad en un cuadro del Romanticismo!

FINA.- Y no os digo nada cuando subió al estrado para ofrecerle el ramo a la Convención. ¡Aquello ya fue...!

COMADREJA.- ¡Huy, ya me imagino, todos aquellos hombres...!

FINA.- Bueno, sí, piropos no faltaron.

PURA LA TUERTA.- Y algo más también.

FINA.- También. Pero ella a lo suyo, cabeza alta, aquí estoy yo.

AURORA.- Y eso que el viejo metía respeto, con aquellas barbas blancas, que parecía un *pratiarca*.

FINA.- Y cuando el presidente la invitó a decir unas palabras, que con eso no se contaba, ella como si nada, se echó a hablar, allí delante de todo aquel gentío, que yo seguro que ya me atragantaba. Pero ella arranca y... poco a poco se fue haciendo el silencio.

AURORA.- Sí, ni una mosca se oía.

FINA.- Y al *viejño*, como dice esta, comienzan a caerle las lágrimas por las mejillas...

AURORA.- Y a nosotras, que yo lloraba como una *madalena*.



FINA.- Y cuando Amparo acaba, va el hombre y dice: ¡ciudadanos delegados, compañeros republicanos, aquí la tienen: la tribuna del pueblo!

CONSOLACIÓN.- ¿La qué?

FINA.- La Tribuna.

CONSOLACIÓN.- ¿Y eso qué quiere decir?

AURORA.- ¿Ves? A mí me pasó lo mismo.

PURA LA TUERTA.- Pues es como... una que habla con todos.

CONSOLACIÓN.- ¡Una que habla con todos! ¿Y se lo dijo así, a la cara?

FINA.- Tranquila, Consolación, eso es... como una representante de la gente. ¡La voz del pueblo!

AURORA.- Ah. ¡Ya decía yo que tenía que ser algo de mucho mérito, porque la gente rompió a aplaudir...!

FINA.- Pues sí, y en eso uno gritó: ¡viva la Tribuna! Y todos, ¡Viva! ¡Viva la Tribuna!

Aurora y Pura la Tuerta dan también vivas a la Tribuna. Suena la campana de la Fábrica y las cigarrereras comienzan a recoger e irse. Las últimas en marchar son Aurora y Consolación.

AURORA.- Y así fue, sí señor. Así fue. Tal cual como ella lo contó. Muy bien contado, por cierto.

FINA.- *(Se va)* Gracias.

AURORA.- Y, claro, rebautizada quedó.

CONSOLACIÓN.- ¿Cómo rebautizada?

AURORA.- Que le quedó de mote.



CONSOLACIÓN.- No entiendo.

AURORA.- Claro, mujer. A ver, a Pura le llaman la Tuerta, ¿no?

CONSOLACIÓN.- Ay, yo no.

AURORA.- Pero el resto de la fábrica sí. Yo soy Aurora la Patata, que bien lo sé. Ana es la Comadreja. Tú...

CONSOLACIÓN.- Ya. La Coja.

AURORA.- *Ecolicué.* Pues ahora Amparo es... *(Dándole mucha enjundia)* ¡La Tribuna!

14

Doña Emilia, que estuvo muy atenta al discurrir de toda la escena, se da cuenta de que las cigarreras la dejaron sola.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Vaya, al final se van sin aclarar por qué no vino a trabajar hoy... *(Imitando a Aurora)* ¡La Tribuna! Pero no se preocupen, si me conceden algo de tiempo se lo cuento yo. *(Poniendo todo su empeño en hacer una narración amena y gráfica)* Seguimos en la convención federal: después de los protocolos vino el debate. ¡Y se acabó la concordia fraterna! Unos, que si hay que pasar a la acción. Otros, que ya no son los tiempos de la Revolución Francesa, que ahora hay otros caminos. “Sí, pero los caminos no se abren solos, hay que abrirlos. Vale, pero a pico y pala, no a tiros”. Y poco a poco aquello fue derivando en una especie de feria de la controversia. *(A modo de pregón)* “Agua de limón...”, y nunca mejor dicho lo de feria, “agua de limón fría”. Que hacía buena falta, eh, que el calor dialéctico no era nada en comparación con el calor físico. ¡Ni respirar se podía! Y el debate que subía de tempe-

Texto y dirección
Cándido Pazó



ratura. “Mejor perder las colonias que perder los principios. No, eso sería un desprestigio”. Y entre el público, “barquillos, barquillos”. Era el padre de Amparo, que se había acercado por allí... que a ver, aquella “juntanza”, como él decía, le repateaba, y tenía buenas agarradas con la hija por meterse en políticas, pero... la feria hay que aprovecharla. Y unos delegados que federar, sí, pero con mesura. Y otros que federar no, mejor... confederar. Y la gente que ya no atendía al debate porque tenía otras urgencias. “Bueno, bueno, sin empujar, ¡sin empujar! ¿Pero que pasa ahí?”. *(Cambiando a un tono evocador y melancólico)* Y lo que pasa es un grupo de gente llevando a un pobre viejo medio en brazos, medio arrastro. “¡Le dio un accidente! ¿De la cabeza? O del corazón, no se sabe”. Y detrás de él, una estela de barquillos... esparcidos por el suelo... Barquillé...

OSCURO

15

Cambiando el momento y el ambiente, irrumpen en escena las cigarreras que, cantando y bailando, festejan su día: la virgen del Amparo.

CIGARRERAS.- *Xa está aquí, xa chegou,
xa está aquí, xa está aquí a nosa festa,
viva a nosa señora do Amparo,
a que avoga polas cigarreiras.*

DOÑA EMILIA.- *(Al público, gritando para hacerse oír)* Menos mal que el calendario decreta días alegres. La virgen del Amparo, la patrona de la Fábrica. Después de la misa venía la fiesta, y el júbilo de las cigarreras invadía las calles.

Texto y dirección
Cándido Pazó



CIGARRERAS.- *Xa chegou compañeiras.
Xa está aquí, xa está aquí o noso día.
Non podemos desaproveitalo,
alegría, alegría, alegría.*

FINA.- ¡Todas a San Hilario!

*Las cigarreras salen de escena para dirigirse a otra calle donde seguir
con la juerga, pero...*

COMADREJA.- Espera, Amparo.

AMPARO.- ¿Qué pasa?

COMADREJA.- No sé si te diste cuenta.

AMPARO.- ¿De qué?

COMADREJA.- Tenemos espías. Quieta, no mires. Disimula. Allá arriba,
en aquel alto. El capitán babosón, con tu teniente. Bueno, perdón,
que ahora también es capitán. El capitán Baltasar Sobrado.

AMPARO.- ¿Ya está de vuelta?

COMADREJA.- Está.

AMPARO.- Pero la guerra no acabó.

COMADREJA.- No, que los carlistas son correosos. Pero ya lo relevaron.
Lo siento, de esta no quedaste viuda.

AMPARO.- ¡Bah, no empieces tú ya! ¿Y qué hacen ahí?

COMADREJA.- Reconocer el terreno, supongo.

AMPARO.- Bah.

COMADREJA.- Y además como ahora está libre...

AMPARO.- ¿Cómo libre?

Texto y dirección
Cándido Pazó



COMADREJA.- Que ya no va detrás de la remilgada aquella, la hija de la viuda de García.

AMPARO.- ¿Ah, no?

COMADREJA.- Por lo que me contaron el pleito ese que tenían en Madrid va muy mal y el capitán Sobrado recibió órdenes maternas de batirse en retirada. Así que prepárate, Amparito, que seguro que trae ardor guerrero.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Lo dice en broma, claro. Pero lo cierto es que una experiencia fuerte puede cambiar mucho a una persona. Y pocas experiencias hay tan fuertes como la guerra. El ahora capitán Sobrado siempre había sido de carácter más bien... vacilante. Y hasta entonces su... “asedio”, como diría la Comadreja, no había pasado de un medido galanteo. Pero, después de sentir tan a diario la presencia de la muerte, había regresado de las Vascongadas resuelto a exprimírle todo el zumo a la vida. Pero calma, que eso ya se irá viendo. *(Abriendo el libro por una hoja marcada)* Por ahora nuestra Tribuna tiene otras batallas más... ¿inesperadas?

16

En su casa, saliendo de su habitación entre tinieblas, reculando sobresaltada, entra en escena Amparo. Va a medio vestir su ropa de trabajo.

AMPARO.- ¡Qué susto me diste, repelo! ¿Qué haces ahí?

DOÑA EMILIA.- *(Al público, mientras Amparo, apresuradamente, termina de vestirse)* Es Chinto, en la puerta del cuarto de Amparo, una mañana, antes de ir al trabajo. *(Leyendo en el libro la parte de Chinto)* Bueno, mujer, estaba abierto y...

AMPARO.- ¿Y qué quieres?

Texto y dirección
Cándido Pazó



DOÑA EMILIA.- *(Chinto)* Pues quería... Quería yo... *(Al público)* Las palabras a veces son remisas. Basta que las necesites... *(Chinto)* Quería decirte que...

AMPARO.- ¡Arranca, de una vez, que tengo prisa!

DOÑA EMILIA.- *(Chinto)* Pues eso... que... como tu “padrequenpazesté” ya no... Claro, ya no. Y como yo... ya bien ves que seguí con lo de los barquillos, y con gusto, que se me da bien el oficio, pues... quiero decir que, ya podían quedar para mí los trebejos todos. Para mí, de dueño, en... en pago por lo que me debía de soldada tu “padrequenpazesté”, porque, a ver, tu “padrequenpazesté” a mí me debía...

AMPARO.- ¡Pero acabarás!

DOÑA EMILIA.- *(Chinto)* Quiero decir... *(Al público)* Paciencia, que la cosa tiene su... *(Chinto)* Pues eso, que si tú admites el arriendo del trato, puedes, quiero decir, podemos... podemos los dos, entrambos...

AMPARO.- ¿Podemos qué?

DOÑA EMILIA.- *(Chinto)* ...casar.

Amparo, estupefacta al verse requerida de amores por el “animal ese”, no sabe si soltar la más grande de las carcajadas o la peor de las maldiciones.

DOÑA EMILIA.- *(Chinto)* Porque yo, a ver, querencia... te la tengo toda. Y por trabajar, ya sabes, ¡hasta partirme el espinazo!

AMPARO.- *(Saliendo de escena por donde entró)* ¡Partir, te voy a partir yo a ti la crisma como no te me saques de delante! ¡Lárgateme de ahí!

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Pero él, en una torpe reacción, la agarró. Ella, al notar su contacto, fue tal la repugnancia que sintió, que toda



la rabia acumulada contra él acabó reventando descontrolada. Había por allí una imagen de nuestra señora del Amparo, de bronce, de este tamaño, la cogió, y lo dicho: ¡le partió la crisma! Pobre animal. Gañendo como un perro escapó para una esquina del patio. Sangraba por la herida de la cabeza, pero más aún por la del alma.

MADRE.- *(Desde fuera)* ¿¡Pero tú qué hiciste, nena!?

Es la voz de la madre de Amparo, que viene desde fuera de escena, desde su cuarto. Doña Emilia la va a buscar y la trae en su silla de ruedas.

DOÑA EMILIA.- *(Al público, yendo a buscarla)* Disculpen, es la madre de Amparo, voy a...

Amparo entra de nuevo, terminado de calzarse.

AMPARO.- Gusano asqueroso.

MADRE.- *(Entrando, empujada por doña Emilia)* ¿Qué le hiciste a Chinto?

AMPARO.- Nada que no mereciese. Y no se preocupe, que bicho ruin lo aguanta todo.

MADRE.- ¿Pero qué pasó?

AMPARO.- Bien lo sabe la señora. Que seguro que estaba escuchando.

MADRE.- *(Ante la mirada de Amparo)* Pues sí. Bien lo sé, sí. ¿Y sabes qué más sé? Que no era mal trato el que te proponía.

AMPARO.- ¡¡¿Cómo??!!

MADRE.- ¿Tú qué eres? Cigarrera como yo. ¿Y él qué es? Barquillero como tu padre que en paz descanse. Tal para cual. Que te dicen por ahí que vales mucho, que eres muy sabida, y patatín y patatán... ¡Parruchas! Él trabaja como una mula, es bueno, se deja llevar, está por ti... ¿Qué más le quieres?

Texto y dirección
Cándido Pazó



AMPARO.- ¡Esta es nueva! ¿No sabía que la señora le tuviese tanta estima?

MADRE.- Desde que murió tu padre, esto aquí... si no fuera por él...

AMPARO.- ¿Por qué? ¿No traigo dinero yo?

MADRE.- El que puedes, mujer. Pero en una casa siempre hace falta un hombre. Es así. Y mira, tú ya no tienes que andar a buscarlo por ahí.

AMPARO.- ¡Calle, por favor! ¡Sólo de pensarlo ya se me revuelve todo!

MADRE.- Lo que tienes tú es mucha soberbia, pero ya veremos en qué te queda la cosa.

AMPARO.- No ha de haber queja, que bien me sé valer yo. ¿Y sabe qué le digo? A partir de hoy no quiero verlo más por aquí. ¡Era lo que faltaba, que tenga que atrancar la puerta cada vez que me vista! Venga, que la llevo para la cocina, que tengo que marchar.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Pues sí, y sin perder más tiempo, que ya estaba rompiendo el día, y el camino a la Fábrica era largo.

MADRE.- Mira que le debemos cuartos.

AMPARO.- *(Entrando de nuevo)* Se los voy a devolver, que no se preocupe. Real a real. Pero escupiendo antes en cada uno. Por la cara y por la cruz.

DOÑA EMILIA.- *(Haciendo la parte de Chinto)* ¡No hace falta!, *(Al público)* le dijo Chinto, entrando de nuevo y tirándole a los pies los trastos de barquillero que había pretendido heredar de su padre. Traía con él un mazo. Lo levantó... *(Las mujeres se asustan)* ...y comenzó a golpearlos hasta convertirlos en chatarra. Y así fue como los barquillos, tortura de su infancia, desaparecieron para siempre de la vida de Amparo.



Barquillé... Miren, esto me recuerda que... Disculpen, voy a la cocina un momento a ver si Lupe ya consiguió... *(Se va)*

17

Suena la campana de la Fábrica. Charlando entre ellas y disponiendo las cosas para comenzar a trabajar, van entrando las cigarrereras.

AURORA.- Pues sí, sí. Así como os lo cuento. ¡No sé dónde vamos a parar! Como esto siga así...

COMADREJA.- Pero eso son cosas que se dicen, mujer.

AURORA.- Pues si se dicen por algo es. Que esas cosas no se inventan.

COMADREJA.- Bueno...

AURORA.- Y eso no es lo peor. Después está el asunto ese del robo de los niños. ¡Está el mundo perdido!

FINA.- ¿Robo de los niños?

AURORA.- Pues sí. ¡Parece ser que anda por ahí una especie de compañía que roba niños! ¡Está la gente asustadísima!

CONSOLACIÓN.- ¡Ay, ave María Purísima! ¿Y para que los roban?

AURORA.- Para chuparles la sangre, o quien sabe. ¡*Criaturañas!* *(A Amparo)* Seguro que en el periódico viene algo. ¿No viene, Amparo?

AMPARO.- Pues no leí nada.

AURORA.- Bueno, porque lo tapan. Es lo de siempre.

PURA LA TUERTA.- Yo también oí hablar de eso. Parece ser que son los protestantes.

COMADREJA.- ¿Los protestantes?

PURA LA TUERTA.- Eso fue lo que a mí me dijeron.



CONSOLACIÓN.- ¿Y esos quién son?

AMPARO.- Ay, Consolación, ¿pero tú en qué mundo vives?

PURA LA TUERTA.- Es una religión de allá, de los ingleses. Y no es que los roben, se los piden a las familias, para educarlos a su manera, allá en su tierra. Pero claro, una familia pobre, con un bando de hijos, pues a ver...

COMADREJA.- ¿Pero de dónde sacáis vosotras todas esas historias?

PURA LA TUERTA.- A mí quien me lo dijo lo sabía de buena tinta.

AURORA.- La culpa también es del Rey este “macarroni”, y del Gobierno y de las Cortes...

FINA.- ¿Y por qué?

AURORA.- Por andarle dando cuartelillo a los protestantes esos. ¿Qué falta nos hacían más religiones? Ya tenemos la que tenemos.

COMADREJA.- Es la libertad religiosa. Cosas que trajo la Revolución.

AURORA.- ¡Pues mira tú que adelanto!

FINA.- Bueno, cada uno es libre de creer en lo que quiera.

COMADREJA.- O de no creer.

AURORA.- Pues por eso, para no creer ya tenemos la nuestra. ¿Para qué vas a traer otras de fuera?

AMPARO.- Nadie las trae. Vienen ellas.

AURORA.- Más a mi favor.

FINA.- A ver, ojo, que yo soy la primera que no me gusta que haya republicanos que estén todo el día escupiendo contra la religión.

AMPARO.- Eso es verdad, tampoco hay necesidad de eso.



CONSOLACIÓN.- Pues a mí me dijeron que si ganan algún día no queda una iglesia en pie.

FINA.- ¡Esas son calumnias!

AURORA.- Bueno, cuando el pájaro canta... Porque tú hablas, hablas, pero...

FINA.- (*Enfadada*) ¿Pero qué? ¿Qué tienes que decir tú de mí? ¿Cuándo me oíste a mí hablar contra las cosas sagradas? Yo soy republicana, y a mucha honra, (*Santiguándose*) pero también sé que hay algo más arriba.

AMPARO.- Eso desde luego. Que una cosa no quita la otra.

PURA LA TUERTA.- A ver, Fina, algo de razón tiene Aurora. Y ya sabes que yo beata no soy, que si hay que echar un pecado de vez en cuando, lo echo.

FINA.- Pues yo no, mira.

PURA LA TUERTA.- Pues yo sí, mira. Y si alguna vez cuadra que hay que cagarse un poquito en un santo, me cago.

CONSOLACIÓN.- ¡Ay, no digas eso, Pura, por favor!

PURA LA TUERTA.- Digo, digo. Pero me cago en los nuestros, que para algo son nuestros. Porque tú eres lista, Fina, y nadie te va a comer el caletre. Pero hay gente por ahí que... Mira la Píntiga.

CONSOLACIÓN.- ¿Quién?

PURA LA TUERTA.- Esa del taller de al lado, que tiene cara así como de...

FINA.- ¿Qué le pasa?

PURA LA TUERTA.- Que se metió a protestanta.



AURORA.- ¡¡¿¿Cómo??!!

PURA A CHOSCA.- ¿No lo sabíais?

COMADREJA.- Yo sí.

AMPARO.- ¿Y por qué lo haría?

FINA.- A lo mejor le dieron cuartos, o...

AURORA.- ¡Pues a mí ni mil duros que me diesen! Que una es pobre, y bien que me venían para vestir los hijos como es debido, pero...

CONSOLACIÓN.- Ay, por favor. ¡Condenar el alma por mil duros!

AURORA.- ¡Calla mujer, antes come una borona toda la vida, y que no falte, pero en una de esas no me meto, no!

PURA LA TUERTA.- ¡Ni yo!

AMPARO.- Yo tampoco.

FINA.- ¡Pues claro que no!

COMADREJA.- *(En vista de que todas miran para ella.)* No, claro.

AURORA.- ¿Y que le mandarán hacer los protestantes a la Píntiga? Mil indecencias, seguro.

PURA LA TUERTA.- Dicen que la mandan ir todas las tardes a una cuadra, que parece ser que montaron allí una capilla de las suyas, y hacen que cante en esa lengua de ellos, que no se entiende nada.

AURORA.- Serán blasfemias y pecados.

CONSOLACIÓN.- Pero... los protestantes... ¿quién son?

PURA LA TUERTA.- Unos curas que se casan.

CONSOLACIÓN.- ¡Ay, Nuestra Señora me asista! ¿Pero se casan como nosotros?

Texto y dirección
Cándido Pazó



COMADREJA.- Como tú precisamente, no.

PURA LA TUERTA.- ¡Casán, casan! ¡Delante de la gente, y llevan a los
críos de la mano, a la vista de todo el mundo!

AURORA.- ¡Era lo que nos faltaba! Ya los curas de aquí son... como son.
Pero por lo menos lo hacen a escondidas.

FINA.- Bueno, no todo. Que para meterse en política y despotricar contra
nosotros en los púlpitos no se esconden, no.

AMPARO.- Ni para unirse a los carlistas.

CONSOLACIÓN.- ¿Y el arzobispo qué hace?

AURORA.- Eso digo yo. ¿Cómo no los mete presos?

PURA LA TUERTA.- ¿Pero qué decís? ¡Si ellos están contra el arzobis-
po, y contra el Papa de Roma de acá!

CONSOLACIÓN.- ¡¿Ay, sí?!

PURA LA TUERTA.- Sí, claro. ¡Y contra Dios y los Santos y Nuestra
Señora del Amparo!

AMPARO.- ¡Ay, no, no, eso sí que no! Allá cada uno con la fe de cada
uno. O con ninguna, que tiene que haber gente para todo. Pero a
Nuestra Señora del Amparo que no nos la toquen. Si están contra ella
es como si estuviesen contra todas nosotras.

COMADREJA.- ¿Y eso por qué?

AMPARO.- Porque es la patrona de la Fábrica, ¿o no?

COMADREJA.- Bueno, sí, claro.

AURORA.- ¡Mira tú la Píntiga! ¡Como la coja yo por banda...!



CONSOLACIÓN.- *(Observando algo que pasa fuera de escena)* ¡Callar, callar, que viene ahí!

COMADREJA.- ¿Quién?

CONSOLACIÓN.- ¡La Píntiga!

FINA.- ¿Y qué viene a hacer a este taller?

CONSOLACIÓN.- Parece que tiene sed.

PURA LA TUERTA.- Pues que beba, ¿quién se lo impide?

CONSOLACIÓN.- Las compañeras, que no le quieren dar. Por eso viene aquí.

AURORA.- ¡Ay, pues aquí tampoco le damos, que nos queda poca agua!

CONSOLACIÓN.- ¿Pero...? Es una de las obras de misericordia: dar de beber a quien tiene sed.

AURORA.- *(Yendo hacia el botijo)* Pues mira, yo también tengo. Uf, muchísima. ¡Tengo muchísima sed! *(Bebe. A Pura la Tuerta, ofreciéndole el botijo)* ¿Tú no tienes sed también, Pura?

PURA LA TUERTA.- Pues... sí. Sí, ahora que lo pienso, tengo mucha sed.

Pura la Tuerta bebe... y le pasa el botijo a Amparo... que, con poca convicción, también bebe. Esta se lo pasa a Fina... que, con cierta reticencia, acaba bebiendo y se lo ofrece a la Comadreja, que, sin demasiado entusiasmo, pero sin demasiado reparo, bebe también. Toda esta insolidaria acción fue observada por doña Emilia que, un poco antes y comiendo un barquillo, entró de nuevo en escena.

Texto y dirección
Cándido Pazó



PURA LA TUERTA.- Y qué, Consolación, tú también tendrás sed, digo yo. Porque aquí todas tenemos sed. *(Ofreciéndole el botijo)* Toma, la que queda para ti. ¡Bebe!

CONSOLACIÓN.- *(Coje el botijo)* No. No tengo sed. No tengo.

AURORA.- ¡Bah! ¡Trae para acá!

Aurora le coge el botijo a Consolación, va hacia el cubo y vacía allí el resto del agua. Suena la campana de la Fábrica. Las cigarreras se van.

18

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Ya ven, eso es lo interesante de las personas, que no estamos hechas de una pieza, que tenemos nuestras vueltas, nuestras esquinas... Si me permiten ponerme exquisita, que podemos ser... poliédricas y ambivalentes. Y muchas veces contradictorias. Sí, con todas nuestras luces, nuestras sombras y, sobre todo, nuestras inmensísimas penumbras. Bueno, el caso de Consolación es un poco diferente. Pero ya les dije que ella era muy *santiña*. Por eso en la Fábrica la querían tanto, y especialmente Amparo, que se preocupó mucho cuando de ahí a unas semanas dejó de ir al trabajo sin que nadie supiese por qué.

En intersección con la última frase de doña Emilia vemos entrar en escena a Amparo, que va hacia la casa donde vive Consolación. Al llegar delante de su puerta...

AMPARO.- ¡Consolación!

CONSOLACIÓN.- *(Saliendo de casa, entra en escena)* Ay, hola, Amparo. ¿Y tú por aquí?



AMPARO.- Vine a ver cómo estabas. Como hace unos días que no se sabe nada de ti...

CONSOLACIÓN.- Ay, perdona, pensaba pasar por la fábrica, o mandar recado, pero...

AMPARO.- ¿Y luego qué te pasa?

CONSOLACIÓN.- Nada. Bueno, sí. Sí que me pasa. ¡Me pasa lo mejor que me podía pasar! ¡Entro, Amparo!

AMPARO.- ¿Como que entras? ¿Que entras dónde?

CONSOLACIÓN.- En Santa Úrsula.

AMPARO.- ¿En el convento?

CONSOLACIÓN.- ¡Pues claro! ¡Ya tengo la dote!

AMPARO.- ¡Pero, mujer, ahora que dicen que ya se acaban las monjas!

CONSOLACIÓN.- ¡Qué se van a acabar! Y mucho menos las de Santa Úrsula, que hay un señor liberal, allá en Madrid, que miró por ellas.

AMPARO.- ¿Y la dote? ¿Quién te la dio?

CONSOLACIÓN.- La Señora.

AMPARO.- ¿Qué señora?

CONSOLACIÓN.- La de la Consolación. Mi *santiña* querida. Es que verás, yo siempre apartaba unas perras de lo que cobraba, para juntar para la lotería. Ay, me sentía tan mal, ¡con tanta culpa! Con la necesidad que hay en casa, y en el mundo, ¡y yo gastando en loterías! Entonces le decía a Nuestra Señora, tú sabes bien por qué lo hago, que por vicio no es. Ni por avaricia. Y si me ayudas y me toca te prometo que la mitad va a ser para ti. Pero nada, no tocaba y no tocaba...



AMPARO.- Sí, claro, fíate.

CONSOLACIÓN.- Pues sí, hay que fiarse, sí. De quien te lo merece sí.

¡Porque el otro día, quieres ver que voy a mirar el décimo... y taca!

¡Premiado! ¡Y un montón de cuartos! Y cumplí. La mitad para Nuestra Señora, que se la entregué al capellán del Santuario. Y el resto...

AMPARO.- ¡¿Para la dote?!

CONSOLACIÓN.- Claro.

AMPARO.- ¿Todo?

CONSOLACIÓN.- Bueno, todo, todo, no, que aún gasté algo en buscarle colocación a mis hermanos.

AMPARO.- ¿Y a ti no te quedó nada?

CONSOLACIÓN.- Si, claro, ya te lo dije. Lo de la dote.

AMPARO.- Bah. Para ti, para ti, mujer

CONSOLACIÓN.- ¿Y yo para qué quiero nada? En el convento no me va a hacer falta.

AMPARO.- Ay, Consolación, hija, ¡pero tú!

CONSOLACIÓN.- Cada quién es feliz como es.

AMPARO.- Ya, eso es verdad, pero...

CONSOLACIÓN.- Tú déjame a mí.

AMPARO.- Si, mujer, pero, a ver...

CONSOLACIÓN.- *(Cortándola)* Bueno... ¿Y tú qué?

AMPARO.- ¿Yo qué, de qué?

CONSOLACIÓN.- De lo tuyo.



Cigarreras y barricada



AMPARO.- ¿De lo mío? De lo mío nada.

CONSOLACIÓN.- Bueno, mujer, si no me quieres contar no me cuentes y ya está, no se habla más, pero no me digas que nada, que seré parva, pero no tanto.

AMPARO.- Huy que me parece que ya estuvo por aquí un *bichiño*...

CONSOLACIÓN.- ¿Que *bichiño*?

AMPARO.- La Comadreja.

CONSOLACIÓN.- No la llares así, que ya sabes que no le gusta.

AMPARO.- Vale, Ana. Pues mira, sí. Lo de Baltasar fue para adelante.

CONSOLACIÓN.- ¿Ah, sí?

AMPARO.- Sí. Vengo de estar con él. Pero ojo, le puse las cosas muy claras. Conmigo nada de juegos. A mí se me respeta como a cualquier señorita de esas de su mundo, que los tiempos de abusar de los de abajo ya pasaron a la historia.

CONSOLACIÓN.- ¿Y él qué te dijo?

AMPARO.- Bueno, pues que para él no había categorías o distingos, ni barreras sociales, que eso son antiguallas. Y que si el amor anda de por medio entonces ya... Y también que... Ay, mujer, es que no sé qué me da... pues eso, que estaba...

CONSOLACIÓN.- ¿Que estaba qué?

AMPARO.- Bueno, pues... eso, enamorado de mí.

CONSOLACIÓN.- Ah. ¿Y lo que tenía con la de García?

AMPARO.- La de García, la de García... Con la de García no tenía nada. Bueno, sí... juegos. Eso sí que eran juegos. De señoritos, claro. Cosas



de la familia. Los de Sobrado ya sabes cómo son. Pero él es distinto y eso se acabó. No siempre van a ganar los mismos.

CONSOLACIÓN.- Pues mira, que sepas que Ana nada me dijo. Pero yo algo barruntaba, porque últimamente vas siempre tan bien arreglada, tan...

AMPARO.- ¿Por qué, antes iba mal?

CONSOLACIÓN.- No, mujer, tú mal nunca. Pero, no sé... ahora vistes mejor, te preparas más, y llevas siempre...

AMPARO.- ¿Y qué quieres que le haga? Los regalos son para lucirlos, ¿no? *(Mostrándole unos pendientes)* Mira, me los regaló él. ¿Te gustan?

CONSOLACIÓN.- ¡Caray! ¡Son de oro!

AMPARO.- Sí, claro. Y este mantón también me lo compró él.

CONSOLACIÓN.- Vaya. ¿Así que entonces, tenéis relaciones...?

AMPARO.- Sí, como es debido.

CONSOLACIÓN.- Pues venga, vamos a dar un paseo y me lo cuentas todo.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Y le dio todo lujo de detalles. Bueno, todo, todo no. Porque nada le dijo de que aquellas relaciones tenían algo como de... a ver, si no de clandestino, por lo menos de reservado. Que sus encuentros eran en lugares amenos, encantadores, y hasta románticos, pero siempre apartados y discretos.

19A

Suena la campana de la Fábrica. Entran las cigarreras y van colocando sus bártulos. Están todas menos Fina y, lógicamente, Consolación.

Texto y dirección
Cándido Pazó



PURA LA TUERTA.- ¿Qué pasa?

AURORA.- Llamaron a Fina a la Dirección.

PURA LA TUERTA.- ¡A la Dirección! ¿Y eso?

AURORA.- No sé qué le querrán.

COMADREJA.- Igual quieren pararle un poco los pies. Tanto lío político... a la Dirección no le gusta.

AURORA.- (*A Amparo*) ¿Y por qué no fuiste tú con ella, Amparo?

AMPARO.- ¿Yo? ¿Y por qué habría de ir?

AURORA.- Bueno, tú tienes más labia. Más disposición.

AMPARO.- Ya, pero... la llamaron a ella. Y bien se ha de valer, mujer.

AURORA.- Sí, supongo que sí, pero... no sé, siempre podías aprovechar para dar algunas quejas.

AMPARO.- ¿Qué quejas?

AURORA.- ¡Qué quejas dice! (*A modo de ejemplo*) Pues mira, esta porquería de hoja que nos llega últimamente.

COMADREJA.- ¡Pues sí! ¡Buen trabajo han de pasar los que fumen este veneno!

AURORA.- Trabajo el nuestro, que tardas en hacer un cigarro lo que antes tardabas en tres. Y después está lo de los retrasos. Hace más de un mes que no vemos una perra.

COMADREJA.- Es que es lo que yo digo. Esto fue a peor.

AURORA.- ¡Y tanto que fue! ¿Tú que dices, Amparo?

AMPARO.- ¿Yo? Pues... ¿Qué voy a decir? Que sí, que está mal. Está mal.

Texto y dirección
Cándido Pazó



AURORA.- ¿Mal? Mal es poco. Tú porque eres soltera. ¡Pero para las que tenemos hijos que mantener esto empieza a ser unha tragedia!

FINA.- *(Entrando, claramente contrariada)* Hola.

COMADREJA.- Qué cara traes, chica.

AURORA.- ¿Qué, qué te dijeron?

FINA.- Me ofrecieron un puesto de jefa de taller.

COMADREJA.- ¡¿Cómo?!

AURORA.- Mira tú, nosotras aquí preocupadas, pensando que te querían parar los pies y...

FINA.- Pues sí, eso era lo que querían, justamente. Pero les dije que no. Que estoy bien como estoy.

COMADREJA.- Ah, claro. Ahora entiendo la cara. Renunciar a esa bico-ca no debe de ser fácil.

FINA.- Para mí sí. La cara no es por eso.

COMADREJA.- ¿Entonces?

FINA.- Es que acabamos discutiendo, por las consignas, los retrasos... y para callarme la boca me dieron una noticia que...

AURORA.- ¿Qué pasó?

FINA.- *(Una pausa)* Hay una ladrona en nuestro taller.

AURORA.- ¿Quién?

Las cigarreras se miran unas a otras. Silencio.

FINA.- *(Mirando para Pura la Tuerta, desde una amarga decepción)* Se dice el pecado, pero no el pecador. Aunque el pecador sea alguien por quien yo pondría la mano en el fuego.



AMPARO.- *(A Aurora, que mira para ella)* ¡Ey, ey, ey! A mí no me mires.

PURA LA TUERTA.- Lo dice por mí.

FINA.- Bueno. Aún menos mal. Por lo menos que lo reconozcas.

PURA LA TUERTA.- Pero... a ver, fueron cuatro cigarros.

FINA.- Cuatro un día, cuatro otro, cuatro otro... *(A las demás)* La descubrió una jefa de taller y la estuvo vigilando durante un tiempo. Pero da igual que fuesen cuatro que cuatrocientos, Pura. Es el hecho.

COMADREJA.- A ver, a ver, que por ahí tampoco ha de ir a la ruina la Fábrica.

FINA.- No, claro. Pero nuestro crédito, sí.

COMADREJA.- ¿El crédito de quién?

FINA.- De las que estamos comprometidas. De las que tenemos una causa. De las que estamos obligadas a ser las más honestas, las más trabajadoras, las más puntuales, las más... todo.

PURA LA TUERTA.- A ver, Fina, yo...

FINA.- ¡Calla, Pura, calla! Una espera puñaladas, pero no que te las den los tuyos. ¡Porque eso es una puñalada!

COMADREJA.- Pero por favor, fueron cuatro cigarros. O cuarenta, tanto da.

FINA.- Peor me lo pones. ¡Por cuatro cigarros de mierda!

COMADREJA.- Dile para que los querías.

Pura la Tuerta se encoge de hombros y no dice nada.



AURORA.- ¿Y para qué los iba a querer? Para venderlos. Y mira, bien no está, claro que no, pero la culpa tamoco se la echo de todo, que llevamos un montón de tiempo sin cobrar, y el dinero no cae del cielo.

COMADREJA.- Aún si fuese para eso. (*A Pura, ante la expectación*) ¡Pero di de una vez para qué eran!

PURA LA TUERTA.- Pues eran... (*A la Comadreja*) Bueno, ¿a ti qué te importa?

COMADREJA.- A mí nada, mujer. Te importa a ti que lo sepan. Pero si quieres se lo digo yo.

PURA LA TUERTA.- ¿Y tú qué sabes?!

COMADREJA.- A ver, Pura, que es lo que tienen los borrachos, que normalmente son charlatanes. Y tu marido, borracho es, ¡con ganas! Que ya me llegó a mí que anda fanfarroneando por las tabernas, “Yo fumo de balde, fumo de balde, que tengo en casa quien me sirva. Y mira, ya que la mujer no trae dinero hace más de un mes, ¡por lo menos que traiga tabaco!”.

PURA LA TUERTA.- ¡Pues sí, era para él! ¡Era para él, sí! Y si no le llevaba, pues...

COMADREJA.- Si no le llevabas, ¿qué? Venga, mujer, ¡suéltalo todo! Que tú vas muy de farruca por la vida, pero dime de qué presumes y... ¿O quieres que lo diga yo también?

AURORA.- ¿Lo qué?

COMADREJA.- ¿Os acordáis ahí atrás cuando llevaba la cara tapada con un pañuelo? No le dolían las muelas, no. O hace tres semanas, cuando parecía que hacía mofa de Consolación, que cojeaba como ella, tampoco era por la reuma.

Texto y dirección
Cándido Pazó



Un tiempo de silencio para encajar la información.

AURORA.- Venga, hay que juntar cuartos. Tampoco ha de ser tanto lo que se llevó. Se le devuelve a la Dirección y.... y que lo metan en el culo. ¡Venga, vamos por los talleres!

Salen hacia los talleres. Aurora con entusiasmo, Fina no tanto, aunque convencida de la acción. Pura va detrás, como dejándose llevar. La Comadreja va a ir, pero...

19B

COMADREJA.- ¿Y tú no vienes?

AMPARO.- Bueno, llegáis bien vosotras, ¿no? Tampoco es cosa de...

COMADREJA.- Ya. De mojarse más de la cuenta.

AMPARO.- ¿¡Pero qué dices!?! Y mira quién fue a hablar, la que tanto se moja.

COMADREJA.- Bueno, mujer, yo no niego que soy más bien de seco, pero tú...

AMPARO.- ¿Yo que?

COMADREJA.- *(Más bien con sorna)* ¡Tú eres la Tribuna!

AMPARO.- ¿Y a qué viene eso ahora? Ay, Ana, últimamente estás...

COMADREJA.- No, la que últimamente estás eres tú. O al revés, la que no estás.

AMPARO.- ¿Qué quieres decir?

COMADREJA.- Que últimamente a todo le escapas. Que parece que nada va contigo. Y que conste que lo comprendo.

AMPARO.- Pero... ¿que comprendes qué!?

Texto y dirección
Cándido Pazó



COMADREJA.- A ver, Amparo, que te lo digo como amiga. Si a mí me pasa igual. Cuando tratas... con quien nosotras tratamos, estamos más obligadas a guardar las formas. Cuántas veces me lo dice mi capitán. Y supongo que el tuyo a ti también. Normal. Pero disimula un poco, mujer. Que la gente ya habla de ti por ahí.

AMPARO.- ¡¿Cómo?!

COMADREJA.- Es lo que tiene andar “tribuneando”, que así como hablan de ti para bien, también hablan para mal.

AMPARO.- ¿Y qué es lo que tiene que decir nadie de mí?

COMADREJA.- Pues... eso, que desde que andas con el de Sobrado ya no eres la misma, que ahora todo se te va en fardar...

AMPARO.- ¿¿Fardar de qué!?

COMADREJA.- Bien lo sabes, Amparo, y no digas que no. De relación, de regalos... Si hasta hay quien dice que ahora más que la Tribuna lo que va a haber que llamarte es: la Capitana Sobrada. Y tampoco es eso, mujer, que estas relaciones, así como empiezan un día... pueden acabar otro, y nosotras seguimos aquí.

AMPARO.- ¡Y lo dice la que presume de llevar once años!

COMADREJA.- Once años, sí. Y bien a gusto. Pero... entre tú y yo... muchas veces me río por no llorar, para qué te voy a mentir. Así que prepárate. Prepárate, que estos cuentos son demorados.

AMPARO.- Pues mira, no te lo pensaba decir por ahora, pero... Ya hablamos de matrimonio.

COMADREJA.- ¿Hablasteis de matrimonio? (*Un tiempo*) ¿Y por qué no me lo pensabas decir?



AMPARO.- Porque te conozco y ya suponía por dónde me ibas a salir. Y porque te quiero bien y no sabía cómo decírtelo sin que pareciese que estaba... eso... presumiendo.

COMADREJA.- Ya. ¿Y cómo fue? Si se puede preguntar.

AMPARO.- Bueno, ya sabes cómo son esas cosas.

COMADREJA.- A lo mejor no sé tanto como yo pensaba.

AMPARO.- Pues lo típico, una conversación que lleva a otra, y el tema que anda por ahí rondando y, bueno, ya sabes cómo soy yo, llegado un momento... le puse las cosas muy claras y...

COMADREJA.- Ya. Y él no dijo que no.

AMPARO.- No, a mí así no me vale. Dijo que sí.

COMADREJA.- ¿Y la familia?

AMPARO.- ¿Y qué tiene que ver aquí la familia? Su vida es suya, no de la familia.

COMADREJA.- ¿Eso te lo dijo él?

AMPARO.- ¡Me lo dijo, sí, me lo dijo! Y me dio palabra. Y me lo juró. Me lo juró por lo más sagrado. Por Dios mismo que nos mira.

En ese momento entran de nuevo las otras cigarrereras, que regresan de hacer su postulado. Fina trae el mandil recogido, lleno de monedas de distinto valor.

FINA.- Bueno, aquí estamos de vuelta. La gente respondió de maravilla. Sólo faltáis vosotras, así que...

La Comadreja busca entre su ropa una especie de bolsillo del que saca unas monedas y las echa en el mandil de Fina. Amparo busca también, pe-



ro no encuentra nada. Finalmente se quita los pendientes de oro y, para sorpresa de todas las presentes, los echa.

AURORA.- ¡Ahí, ahí! ¡Viva la Tribuna!

Suena la campana de la Fábrica. Las cigarreras van sacando sus bártulos de escena y se van. Doña Emilia, que siguió toda la escena con atención, se acerca al proscenio, abre el libro y lee.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Ese día hubo registro general. Antes de salir a la calle todas las operarias pasaron en fila, y las jefas de taller cachearon bolsillos, separaron pliegues, sacudieron refajos, palparon cinturas, sobacos, senos...

Mientras esperaba su vez, Amparo pensaba en que algún día no volvería más por allí. Y se sintió invadida por una extraña mezcla de sentimientos: satisfacción, sí... pero también melancolía. Para ahuyentarla pensó en que su casa habría de estar siempre abierta de par en par para sus amigas. Sus cigarreras. Y le vino a la cabeza el recuerdo de aquella noche de reyes de su infancia, pidiendo el aguinaldo en la casa de los Sobrado. Aquel piano primorosamente barnizado, aquellos espejos con marco dorado, aquellos cortinones de damasco, los cuadros de caza, la porcelana china, los sofás...

Al salir, vio un papel clavado en la puerta principal: “Por haber sido sorprendida hurtando tabaco, la operaria del taller de cigarros comunes, Purificación Lodeiro Pita, del taller número 3, rancho número 11, queda expulsada para siempre de la Fábrica”.

OSCURO

Texto y dirección
Cándido Pazó



20

En su silla de ruedas, entre rota y activada por un rayo que le acaba de caer encima, la madre de Amparo revienta con la rabia por una noticia que acaba de darle su hija.

MADRE.- ¿Y ahora qué, eh?! ¿¡Ahora qué!?! ¡Esa no fue la educación que te dimos en esta casa! No, que aquí riqueza poca, ¡pero decencia toda! ¡Que ni yo ni tu padre dimos nunca de qué hablar a nadie, y lo que no tuvimos en dinero lo tuvimos en honra, que es la fortuna de los pobres! *(Entre lloros)* ¡Ay, virgen del Amparo, que más alegrías ya no tengo, impedida como estoy, y por encima un disgusto como este!

En la excitación, la manta que tapaba a la impedida fue resbalando hasta caer al suelo. Amparo, como buscando una tregua, se acerca para taparla de nuevo, proximidad que, en un ataque de ira, la madre aprovecha para cogerla por los pelos y zarandearla.

MADRE.- ¡Matarte era poco, condenada! ¡Era poco! *(Después de soltarla)* ¿Y ahora qué, eh? ¿¡Ahora qué?

AMPARO.- *(Balbuceando)* Me dio palabra de casamiento.

MADRE.- Claro, y como te dio su palabra... tú ya le diste... lo que él quería. Y a fiado. Pues espera que lo sepa y ya verás cómo te lo paga. Me dio palabra, me dio palabra. ¡Palabra de señorito es para señoritas, no para nosotras!

AMPARO.- ¿Y por qué no? Ya no estamos en aquellos tiempos en los que unos eran más que otros, hoy todos somos lo mismo, señora. Se acabaron las tiranías.

MADRE.- ¡Ya salió el cuento! ¡A mí no me vengas con politicadas baratas! El pobre, pobre es. Con los de antes, con los de ahora y con los que



vengan. ¡No, si ya sabía yo que tanta soberbia en nada bueno había de dar! ¡A ella no le valía uno de su cuerda, no! ¡Ella tenía que picar más alto! Claro, para presumir de regalos, de atenciones... Es lo de siempre, quien tiene, compra, que siempre ha de haber quien venda.

AMPARO.- Pues mire, ¡ahí se equivoca! Todo eso lo pagué yo. Joyas, pañuelos... todos los regalos... todos. Los pagué yo. Yo, con mi dinero. Él nunca nada me dio, ni yo nunca nada le pedí.

MADRE.- ¿Entonces...?

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Entonces... Amparo calló. Comprendan, no era cosa de reconocer que todo había sido una cuestión de vanidad. Para que la gente tuviese a Baltasar por generoso, y que Baltasar no la tuviese a ella por mercenaria.

MADRE.- Ya entiendo, ya. Por eso andábamos tan escasas últimamente. *(Profundamente decepcionada)* Tu madre medio a pasar hambre y tú... Anda, llévame a mi cuarto, llévame que... Sólo te digo esto: si tan lista fuiste para darlo, a ver si eres tan lista ahora para reclamarlo. *(En un último arranque de ira, mientras salen)* ¡Si te dieron palabra que te la cumplan! ¡Que te la cumplan!

21

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Ay, la palabra, la palabra. La santa palabra. Es sorprendente como algo tan volátil puede suscitar tantísimas esperanzas. Sobre todo en las clases populares, que la tienen por sagrada. En fin, supongo que ahora sería un poco frívolo decir aquello tan socorrido de que no hay mal que por bien no venga, pero lo cierto es que algo más o menos así era lo que pensaba Amparo al siguiente día, mientras paseaba con Baltasar. *(Paseando por una apartada calle, en-*



tra en escena Amparo, se supone que acompañada por Baltasar) El juramento que él le había hecho no era para ya, ni era esa la manera como ella quería que se cumpliera, pero... Iban en silencio. Ella con las palabras de la madre resonándole en la cabeza: “¡Si te dieron palabra que te la cumplan! ¡Que te la cumplan!”. Él también. Quiero decir, también con las de la madre de él: “¡Ay, Baltasarito! ¿No sabes la noticia? Parece que las de García ganan el pleito en el Supremo. ¡Un fortunón!”.

Amparo quería darle su... noticia de la mejor manera posible, pero... ya ven: a la Tribuna, a la gran oradora, no le venían las palabras apropiadas. En otro momento le sobrarían, pero ahora... Finalmente tuvo que conformarse con dos. Las más simples y directas:

AMPARO.- *(Una pausa)* Estoy...

DOÑA EMILIA.- Bueno, la segunda no le salió, pero a buenos entendedores...

AMPARO.- Ahora es justo que me cumplas lo jurado. *(Silencio)* Tengo derecho a pedirte, ¿no? *(Silencio)* ¡Pero di algo! ¡Que quedaste pasmado! ¿Tengo o no tengo derecho?

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* ¿Y él qué le iba a decir? Pues... que, sí, claro, pero... que ella bien sabía que... los derechos... están siempre sujetos a las circunstancias. Que estaba la familia...

AMPARO.- ¡¿Qué familia?! ¿No habías dicho que tú eras una cosa y tu familia otra? Y además, ¿qué le hice yo a tu familia? ¿No estamos en tiempos de igualdad? ¿O es que mi madre no es tan honrada como la tuya?

DOÑA EMILIA.- Claro que sí, le dijo él. *(Baltasar)* Pero... a ver..., yo por mí mañana mismo, sólo que, bueno... ponte en mi situación...

Texto y dirección
Cándido Pazó



AMPARO.- ¡¿Cómo?! Será al contrario, ¡tendrás que ponerte tú en la mía! *(Después de otro largo e incómodo silencio)* ¡Pero di algo, no te quedas ahí callado otra vez! ¿A ver, tienes algo que echarme en cara? ¿No me gano la vida trabajando honradamente, sin pedirte nada a ti ni a nadie? ¿Te falté en algo? ¿Voy con otros?

DOÑA EMILIA.- *(Baltasar)* No, mujer, ¿quién dice tal cosa? Sólo que... hoy por hoy lo que deseas, quiero decir, lo que deseamos es... imposible.

AMPARO.- ¡¿Imposible?!

DOÑA EMILIA.- Ahí él sintió que tenía que rebajar un poco la contundencia de la expresión y... bueno, le dijo que, a ver más tarde, que todavía no podía prescindir de la familia, que cuando alcanzase una graduación superior y pudiese vivir con su salario, entonces...

AMPARO.- ¿Pero no eres capitán, ya?

DOÑA EMILIA.- *(Baltasar)* Habilitado, pero la efectividad aún no... *(Al público)* Y de nuevo volvió a la carga con lo de las circunstancias, su situación, la imposibilidad momentánea de... *(Baltasar)* Y aún más, y te lo digo con el corazón en la mano, tenemos que ser muy prudentes para no comprometernos.

AMPARO.- *(Con rabia)* ¡¡No comprometernos!! ¿Pero tú qué me tomas, por imbécil? ¿Qué compromiso ni qué... mierda, te resulta a ti de todo esto? ¡La comprometida aquí son yo! ¡Yo! ¡Y la engañada! ¡Y la perdida! ¡La perdida soy yo!

DOÑA EMILIA.- Él le pidió que no gritase, que no llorase... que pasaba gente y mira tú qué escándalo. Que mejor ir a otro sitio menos...



AMPARO.- (*Gritando*) ¡No voy a ningún sitio! Y te lo pregunto claro para que me respondas claro: ¿casamos o no?

DOÑA EMILIA.- Y él fue clarísimo: de momento no podía ser.

AMPARO.- ¿Y cuándo?

DOÑA EMILIA.- (*Baltasar*) Pues... el tiempo dirá. Pero por ahora te pido calma, un poco de calma.

AMPARO.- Tú como el gobierno: calma, calma. El tiempo dirá. Y el tiempo siempre acaba diciendo lo que a vosotros os conviene. ¿Pues sabes qué? ¡Hasta que me pagues lo que me debes, adiós! ¡Yo no soy más tu juguete! ¡No me da la gana de esconderme! Y avisado quedas, el día menos pensado, cuando te vea por la Plaza Mayor, al salir de misa, o donde cuadre... me cojo de tu brazo, en público, delante de toda la señoritada, y canto allí mismo. ¡Lo canto todo! ¡Porque hiciste un juramento, conmigo y con Dios! ¿O es que no tienes miedo a condenarte? Pues si te mueres sin cumplirlo seguro que te condenas. Y si viene la Federal, que Nuestra Señora del Amparo la traiga, o cumples o te mato yo misma, ¡para que vayas más rápido al infierno! (*Se va*).

22

Suena la campana de la Fábrica. Entran las cigarrereras: Fina, la Comadreja, Aurora, Matilde y Pilara. Van colocando sus cosas. En un segundo plano doña Emilia reparte su atención entre el libro y la escena.

FINA.- ¿Y Amparo?

COMADREJA.- Quedó fuera un momento.

FINA.- ¿Y eso?



COMADREJA.- Necesitaba tomar un poco el sol.

FINA.- ¿Y cómo no quedaste con ella?

COMADREJA.- Quería estar sola.

FINA.- Pero mujer...

COMADREJA.- Se empeñó, Fina. Ya sabes, son cosas del...

AURORA.- ¿De cuánto está?

COMADREJA.- Cinco para seis.

AURORA.- *Miña pobre*, debería de haber una ley que prohibiese esas cosas.

COMADREJA.- ¿Pero qué dices, Aurora? ¿Cómo van a prohibir eso?

AURORA.- A ver, quiero decir, que obligase a un hombre a pagar lo que debe. ¿O no? Si debes una peseta rápido te mandan el alguacil. Pues digo yo que las deudas de la honra aún son más importantes, ¿no son?

FINA.- Son sí, pero como las leyes las hacen los hombres... Y aun así, mientras haya una justicia para los pobres y otra para los ricos...

MATILDE.- Por eso mismo los pobres han de saber a qué atenerse.

PILARA.- Pues por lo que oí, él no es mala gente. A lo mejor aún acaba casándose con ella.

COMADREJA.- ¡Sí, sí, échale un galgo, Pilara! Por lo pronto ya vuelve a ir detrás de la de García.

AURORA.- ¡Será...!

MATILDE.- Ella ya no debió de hacerle caso.

COMADREJA.- A ver, Matilde, una es de carne, no de piedra.

MATILDE.- De carne somos todas, y no por eso...

Texto y dirección
Cándido Pazó



FINA.- Yo lo que digo es que la mujer se tiene que defender ella, que civiles y carabineros nadie se los va a poner. Y más las pobres, que no heredamos más mayorazgo que la honradez. Y me duele decir esto, porque la quiero bien, pero si me apuras la mayor culpa aún la tiene quien se deja embobar.

AURORA.- Pues a mí me da lástima, que fue ella quien se perdió.

MATILDE.- A mí también, lástima sí, claro.

FINA.- Y a mí. Con lo que ella era, que abría la boca y hasta la leña verde ardía, y mírala ahora, toda *apagadiña*.

PILARA.- *Callar*, que viene ahí.

Entra Amparo, y, como contradiciendo el parecer general, muy apagada no parece que venga, a pesar de su aspecto desmejorado por el disgusto y la evidente gravedad.

AMPARO.- ¡No hay derecho! ¡Esto ya empieza a ser una burla!

COMADREJA.- ¿Qué te pasa, mujer?

AMPARO.- Estaba ahí fuera y le oí decir a dos de la Dirección que pasaban que esta vez tampoco llegó el dinero de Madrid.

FINA.- ¿Entonces, van a seguir sin pagarnos, o cómo es?

AMPARO.- ¿Y a ti qué te parece?

MATILDE.- *(Con amarga resignación)* Bueno, lo de siempre. Paciencia.

AMPARO.- ¿Cómo que paciencia? ¿Paciencia por qué, Matilde? ¿Cuánta paciencia le queda a tu tendero cuando le dices que te anote lo que llevas?

MATILDE.- La verdad es que muy buena cara no me pone últimamente.



PILARA.- Pues yo ya no tengo más ahorros de los que tirar.

MATILDE.- Pero... supongo que tendrán reservas y...

AMPARO.- Uy, sí, seguro que reservas tienen, sí. Para ellos. Que los de arriba siempre cobran: los de la dirección de aquí, los de la dirección de Madrid, los interventores, los secretarios, los ministros... Siempre es igual, si no llega el dinero ya sabemos quién tiene que sacrificarse. Las de siempre. Total, como ya somos pobres, qué más da un poco más que un poco menos. Ellos no, claro, ellos no están acostumbrados, *pobriños*. Que ya se sabe que la vida de los señoritos es muy dura, y tienen muchas obligaciones que atender.

AURORA.- ¿Pero qué dices? Más dura es la nuestra.

FINA.- *(Indicándole con un gesto que, obviamente, es ironía)* ¡Aurora!

AURORA.- ¿Qué?

AMPARO.- Porque pregunto yo, ¿hizo Dios dos castas de gente, una de ricos y otra de pobres? ¡Unos para vivir descansados, o para pasar a la historia, y otros para reventar trabajando y morir como perros sin que nadie se acuerde de que vinieron al mundo!

COMADREJA.- Caray, parece que el sol te calentó la cabeza.

FINA.- No, lo que le calentó fue la boca. Y muy bien calentada. ¡Volvió nuestra Tribuna!

AMPARO.- ¿Qué justicia es esta? Unos labran la tierra y otros comen el trigo. Unos plantan la viña, y cuidan de ella, y otros llegan con las manos lavadas y el cuerpo descansado, y beben el vino.

COMADREJA.- Pero eso no es nuevo.

MATILDE.- Desde luego. Es de siempre.



AMPARO.- Pues no, no es nuevo. Es de siempre, sí. ¡Por eso habrá que decir basta de una vez! Que lo de siempre no tiene por qué ser para siempre. En algún momento habrá que darle la vuelta a la tortilla, digo yo.

COMADREJA.- Uy, pero ya se la quisisteis dar ahí atrás y mira tú cómo estamos...

FINA.- ¡Y dale!

AMPARO.- No, no, si tiene razón. Tiene razón. La culpa fue nuestra.

AURORA.- ¿Nuestra de quién?

AMPARO.- Mía, tuya, de ella, de ella, de ella... De la gente toda. Por no haber cogido una escoba, como esa que usamos en el taller, y haber barrido de una vez tanta basura acumulada.

FINA.- La verdad es que mejor nos habría ido, claro que sí. Pero qué quieres, picamos.

AMPARO.- Como tontos, sí. El mismo día que se le dio la patada a los Borbones debería haber salido un decreto que dijera así: Yo, el pueblo soberano, ordeno que todos los generales, gobernadores, ministros, directores, intendentes, magistrados y demás gente importante de toda la vida, salgan de los puestos que vienen ocupando de siempre, y que dejen sitio a la sangre nueva.

FINA.- Pues sí, lástima que hoy ya no esté en nuestras manos.

AMPARO.- ¡Puede que eso no. Pero sí lo que nos toca directamente. Nuestro pan. Que hagan y deshagan los gobiernos que quieran. Que traigan o echen reyes. Pero a nosotras que se nos pague lo que se nos debe. Lo que es nuestro!



FINA.- Eso es cierto. Nosotras cumplimos con nuestra parte. Justo es que lo cobremos.

COMADREJA.- No, si justo es, claro...

AMPARO.- ¿Pues si es justo a qué esperamos? ¿Quedamos aquí como vacas *mansiñas* que se ponen al carro, aunque no les den de comer? No. ¡Hay que tener hígados y no dejar que te machaquen, ni que te echen el yugo encima sin rebelarte! ¡Cuando no te dan lo que es tuyo, lo que tienes ganado y bien ganado con tu esfuerzo... lo reclamas... y si te lo niegan... lo coges!

FINA.- ¿Pues vacas no somos, o qué?

AURORA.- ¡No, claro!

PILARA.- ¡Desde luego que no!

AMPARO.- ¡No sé vosotras, pero yo mientras no me den lo que es mío, no pienso trabajar más!

FINA.- Ni yo.

AURORA.- Pues si vosotras no trabajáis, yo tampoco.

PILARA.- A ver, trabajar y no cobrar es de tontos, así que...

MATILDE.- Eso también es verdad, claro.

FINA.- ¡Pues venga, vamos por los talleres y a ver qué dice la gente!

AURORA.- ¿Y qué va a decir? ¡Lo mismo que nosotras! ¡Y la que no, que muja como las vacas! ¡Muuu!

Salen todas hacia los otros talleres. La Comadreja, como camarón que se lleva la corriente, acaba yendo también.



23

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Volvió la Tribuna. Y sí, cuando ella hablaba ardía la leña verde. Pero es que además esta vez la leña estaba seca. Muy seca, y no era preciso mucho fuego para incendiarla. Los talleres secundaron el plante y en poco tiempo toda la Fábrica estaba parada. Y en menos tiempo aún, la Dirección envió un inspector de labores para ver qué pasaba.

Armando gran estruendo con unos pitos de barro, las cigarrereras, de regreso de los otros talleres, entran de nuevo en escena. Doña Emilia lee la parte del inspector.

DOÑA EMILIA.- *(Inspector)* ¡Ey, ey, ey! ¿Qué significa este escándalo?

FINA.- Que llevamos tres meses sin cobrar, y hasta aquí llegamos.

DOÑA EMILIA.- *(Inspector)* Pues eso se habla, que hablando se entiende la gente. Pero no sé a qué viene esta fanfarria.

PILARA.- ¡Es para que bailes el can-can!

DOÑA EMILIA.- *(Inspector)* Creo que aquí nadie les está faltando al respeto, señoras, así que, por favor, lo mismo pido.

AMPARO.- ¿Como que no se nos está faltando al respeto? ¿Qué mayor falta de respeto hay que no pagarle a una su trabajo? Que otra cosa no tenemos, señor inspector, que de eso vivimos.

DOÑA EMILIA.- *(Inspector)* Está bien, está bien. Voy a transmitir sus quejas, pero ustedes compórtense y pónganse a trabajar. *(Al público)* Y el hombre se fue.



AMPARO.- *(En vista de que algunas inician el movimiento para retomar el trabajo)*

¡¿Ey, ey, ey, qué hacéis?! Eso de volver o no al trabajo lo tendremos que decidir nosotras.

MATILDE.- Bueno, ya dijo que iba a transmitir las quejas.

AMPARO.- Las quejas las conocen de sobra, porque vienen de atrás: que no nos pagan. Y eso para ellos no fue ningún problema hasta ahora. Es un problema ahora porque decidimos plantarnos.

MATILDE.- Bueno, pero ellos... tendrán que mirarlo.

AMPARO.- Pues muy bien. Que lo miren. Y si hay que esperar, esperamos, pero... ¿No dices que en la tienda ya no te fían de buena gana?

MATILDE.- No, la verdad es que no.

AMPARO.- ¿Y por qué le habríamos de fiar nosotras a ellos? Ya le fiamos tres meses. Esperamos, sí. Pero sin trabajar.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Y en la Dirección lo miraron. Y estuvieron de acuerdo en que, dado el carácter pacífico del país, la sublevación no era tan peligrosa en esta fábrica como en otras de España. ¡Uy, decía el Director, no quisiera yo verme en Sevilla en una de estas! Aun así, o justo por eso, tomaron una determinación.

DOÑA EMILIA.- *(Inspector)* Señoras. A ver, que les cuento...

AURORA.- ¡Nada de cuentos. Cuartos, cuartos!

PILARA.- ¡Cuentos son los que le cuento yo a mis hijos cuando no les puedo dar pan!

FINA.- *Dejarlo hablar.*

DOÑA EMILIA.- *(Inspector)* Pues... a ver, se va a pagar. Hoy mismo. *(Amiente de satisfacción)* Un mes.

Texto y dirección
Cándido Pazó



FINA.- ¿Como un mes?

DOÑA EMILIA.- (*Inspector*) Uno, sí.

FINA.- ¡Pero se nos deben tres!

DOÑA EMILIA.- (*Inspector*) ¿Y qué quieren? Por ahora sólo podemos ofrecerles uno. Es lo que hay. Y quedan advertidas: si no deponen su actitud tendremos que tomar medidas drásticas.

FINA.- ¿Qué medidas?

DOÑA EMILIA.- (*Inspector*) Las que sean precisas. Incluso llamar a las fuerzas del orden si hace falta.

MATILDE.- (*Un tiempo*) Yo creo que, para ir tirando... un mes no está mal, ¿no?

PILARA.- No estará mal para ti.

FINA.- Si nos pagan es porque nos tienen miedo, que estos no dan nada porque sí.

AURORA.- No nos lo dan porque sí. Nos lo dan porque nos lo deben.

FINA.- ¡Pues claro, Aurora! Pero nos deben tres. ¿O no? Y hasta ahora no daban nada. No podía ser. Pero mira por dónde, apretamos un poco... y hala, ya puede ser. Pero sólo uno. Tenemos que apretar más, tres veces más, para que nos paguen los tres que nos deben.

AURORA.- Y no será mejor ir poco a poco...

PILARA.- Ya, a las de la aldea bien os vale con lo del mes, que la tierra algo da, y el caso es ir tirando. ¡Sois bien cuitadas!

AURORA.- ¡Ey, ey, ey, sin faltar! ¡A ver se te voy a hacer probar lo cuitada que soy!



PILARA.- ¿Tú y cuántas?

Las dos trabajadoras se enzarzan en una pelea en la que las otras tratan de mediar.

AMPARO.- ¡Compañeras! Compañeras. Ya no se trata sólo de que nos paguen. Que sí, eso es lo primero, claro que sí. Pero se trata también de que sepan la fuerza que tenemos si estamos unidas. ¡Unidas! Nos ofrecen un mes. Fina dice que nos deben tres. ¡Y yo os digo que aún nos deben más, infinitamente más! Nos deben unas condiciones de trabajo mejores que las que tenemos. Nos deben un salario que no puede depender únicamente de la producción de cada una. Nos deben que ese salario nos permita salir de una vez de la pobreza; que ricos no queremos ser, pero tenemos derecho a vivir con toda la dignidad que cualquier ser humano merece, sin distingos de clase.

Como les tenemos la mano en el cuello aceptan pagar un mes. Fina dice, y con razón, que si mantenemos la mano firme acabarán pagando los tres. ¡Y yo os digo que, una vez puestas, apretemos a fondo, con toda nuestra fuerza, unidas y a porfía, y reclamemos de una vez que nos lo paguen todo! No sólo el dinero. ¡Todo lo que nos deben! ¡Todo!

AURORA.- Uy, cuidado. Que a lo mejor la avaricia rompe el saco.

AMPARO.- ¿Que saco? El de ellos parece que nunca rompe. Y el nuestro... ¿qué saco es? Mira Aurora, *mirar* todas: el alma de esta Fábrica no es este edificio, esas paredes, esas ventanas... Ni tampoco el tabaco. El alma de esta Fábrica somos nosotras. Que las piedras y las plantas fueron puestas en el mundo por Dios. Pero ninguna de esas cosas serían de provecho sin las manos que las transforman. Las manos de la gente trabajadora. ¡Nuestras manos! ¡Ya es hora de que las



hagamos valer! No sólo para su beneficio, también para el nuestro, que somos las que más lo merecemos. ¡Que no, no es por avaricia que lo reclamamos! ¡Es por justicia! ¡Por derecho!

FINA.- ¡Por derecho, claro que sí!

PILARA.- *(Que estuvo mirando por una ventana)* ¡Ey! Vienen ahí unos soldados.

FINA.- ¿Cómo unos soldados?

PILARA.- Sí, como media docena.

COMADREJA.- ¿Y esa es toda la fuerza que mandan? Media docena de quintos. Ya veis que no nos tienen en gran cosa.

AURORA.- ¡Ay no, pues eso sí que no! ¡Era lo que faltaba! ¡Venga, que sepan quiénes somos!

FINA.- ¡Y lo que valemos!

AMPARO.- ¡Vamos, compañeras, la Fábrica es nuestra!

Amparo coge otra vez el pito y empieza a tocarlo. Las demás la secundan. Después, mientras doña Emilia narra, atrancan las puertas con las sillas y otros trebejos que había en escena.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* ¡Cuatro mil mujeres! No todas del mismo parecer, claro. No todas con la misma determinación, cierto. No todas con la misma rabia, desde luego. Pongamos que mil ardiendo. Otras mil subidas de temperatura. Mil tibias, pero dejándose ir. Y otras mil frías y retraídas. ¡Pero cuatro mil!

PILARA.- ¡Se van! ¡Los soldados se van!

Animadas por la pequeña y temporal victoria, las cigarrereras comienzan a cantar.

Texto y dirección
Cándido Pazó



CIGARRERAS.- *Somos nós, somos nós, somos nós,
cigarreiras, mulleres afoutas,
fillas bravas da Lúa o do Sol,
somos nós e aquí está a nosa forza.*

*Somos nós, somos nós e estas mans,
son as mans que dan vida aos talleres.
Estas mans, estas mans, estas mans!
Estas mans, estas mans de mulleres!*

*Poco a poco, la canción fue mezclándose con un sonido que viene de lejos
y del que, según se acerca y se agranda, va distinguiéndose su naturaleza:
un tropel de caballos que se aproxima.*

FINA.- ¿Qué es eso?

AURORA.- ¿Lo qué?

FINA.- Ese sonido.

AMPARO.- Parecen caballos.

PILARA.- *(Que fue a ver)* ¡Viene la guardia civil!

AURORA.- *(Temerosa)* ¿La guardia civil?

PILARA.- Sí. Por el Camino Real.

FINA.- ¿Cuántos?

PILARA.- ¡No sé! ¡Muchísimos!

AMPARO.- Hay que pararlos antes de que lleguen. Todas a la esquina de
San Hilario. ¡Y de allí que no pasen, compañeras! ¡Que no pasen!

*Con más o menos ardor las cigarreras salen de escena, hacia la mentada
esquina. Matilde, temerosa, tarda un poco, pero sale también. La Coma-*

Texto y dirección
Cándido Pazó



dreja se queda sola en escena. Duda. Parece que no va a ir con las otras. Pero finalmente, con más resignación que convicción, sigue a sus compañeras.

DOÑA EMILIA.- *(Al público)* Pero pasaron. Y las mil más ardientes trataron inútilmente de mover unas piedras que había delante de la Fábrica para hacer otra barricada. Mientras las mil no tan ardientes optaron por una prudente retirada, uniéndose a las mil más tibias, que se habían enfriado con la primera carga y huían en desbandada. Al tiempo que las mil más frías... veían la batalla desde lejos.

En absoluta soledad, Amparo, entrando de nuevo en escena, llama a sus compañeras que se retiran.

AMPARO.- ¿A dónde vais? ¡Volver! ¡Volver! Si no podemos con las piedras más grandes, siempre nos quedan las más pequeñas, y podemos apedrearlos... aunque sólo sea por gusto. ¡Volver!

COMADREJA.- *(Acercándose, compasiva)* Vamos, Amparo, esto... terminó.

AMPARO.- *(Reponiéndose, luego de un instante de amargo silencio)* No. ¡Esto acaba de empezar!

Derrotada pero resuelta y recompuesta, Amparo se va. La Comadreja la sigue.

24

DOÑA EMILIA.- *(Al público, lendo)* Al siguiente día del motín las operarias cobraron los tres meses debidos. No era cuestión de provocar el enfado popular, tal como estaba la nación, que ya parecía la casa de Tócame Roque: los políticos a la greña, gobiernos de quita y pon, medio ejército desafecto y otro medio desmoralizado, los carlistas que ya acuñaban moneda propia en Cataluña, las colonias pidiendo la inde-

Texto y dirección
Cándido Pazó



pendencia, los republicanos esperando su ocasión... Y el *macarroni*, como decían en la Fábrica, el pobre Amadeo I, con ganas de perdemos a todos de vista. Lógico, en aquellas circunstancias, mejor que rey... seguro que preferiría ser... panadero.

Entra en escena Lupe, la criada.

LUPE.- *(A doña Emilia, que está absorta en la lectura)* Señora, está aquí la visita.

DOÑA EMILIA.- ¿Qué visita? Ah, sí, claro. Que pase.

FINA.- *(Entrando)* Con permiso.

DOÑA EMILIA.- Pasa, Fina.

FINA.- Antonia.

DOÑA EMILIA.- ¿Qué?

FINA.- Que me llamo Antonia. *(Señalándole el libro)* Fina es el nombre que usted me puso en el...

DOÑA EMILIA.- Ah, sí, claro. Disculpa.

FINA.- No hay nada que disculpar. Y si me quiere llamar Fina, por mí...

DOÑA EMILIA.- *(Por el libro)* ¡Es que pasaron tantos años...! Y el caso es que nunca más lo había vuelto a leer. Ahora mismo no sabría distinguir cuánto hay aquí de ficción inspirada en la realidad y cuánto de realidad hecha ficción.

FINA.- Bueno, no entiendo muy bien lo que quiere decir, pero muchas de las cosas que ahí cuenta pasaron tal cual. Otras pasaron más o menos. Otras no pasaron, pero bien pudieron pasar. Y otras pasaron y no están ahí. La realidad es lo que tiene, que por mucho que se quiera no cabe en un libro y hay que acomodarla como se pueda.



DOÑA EMILIA.- Mira, una buena definición de realismo.

FINA.- ¿Cómo?

DOÑA EMILIA.- Nada. ¿Lo leíste, entonces?

FINA.- La Fábrica toda.

DOÑA EMILIA.- ¡No me digas!

FINA.- Lo compramos entre varias y se leía en alto en los talleres.

DOÑA EMILIA.- Ah. ¡Un libro para cuatro mil mujeres!

FINA.- Ya ve, con nosotras poco negocio hizo.

DOÑA EMILIA.- Pues sí, más me valiera dedicarme a vuestro oficio. *(Ante la cara de extrañeza de Fina)* Un cigarro para cuatro mil hombres... a nadie se le ocurriría algo así.

FINA.- Pues ya sabe, dos añitos practicando y... Peor lo tendría yo para dedicarme a lo suyo. Necesitaría dos vidas: la que mis padres no me pudieron dar y la que yo no pude vivir.

DOÑA EMILIA.- Ya, mujer. Pero no lo mires así.

FINA.- ¿Y cómo quiere que lo mire?

DOÑA EMILIA.- Con orgullo. *(Ante el gesto interrogativo de Fina)* De lo que significáis las mujeres como vosotras.

FINA.- ¿Como nosotras?

DOÑA EMILIA.- Las que trabajáis. Vosotras abris camino. Dejáis la casa, que puede ser una prisión...

FINA.- Bueno, para meternos en otra.



DOÑA EMILIA.- Para meteros donde queráis meteros, que es de lo que se trata. En eso las señoritas están peor que vosotras. Aunque no lo parezca, están más atadas.

FINA.- *(Irónica)* Uy, sí, qué pena me dan.

DOÑA EMILIA.- Pues en cierto modo deberían dártela.

FINA.- ¿Y por qué?

DOÑA EMILIA.- Porque son mujeres, como vosotras.

FINA.- Ah.

DOÑA EMILIA.- No es poco, ¿no?

FINA.- No, claro. Pero no es suficiente.

LUPE.- Los barquillos.

Entra Lupe, con un carrito en el que trae dos tazas de chocolate y un plato con barquillos. Después entrará con unas sillas.

DOÑA EMILIA.- *(Mostrándole los barquillos)* Mira. Era tu padre el que era barquillero, ¿no?

FINA.- El mío de Antonia, sí. El de Fina no.

DOÑA EMILIA.- Ciertamente, le puse ese detalle a la protagonista. Espero que no te importase.

FINA.- Un poco. Pero el libro es suyo.

DOÑA EMILIA.- Siéntate, por favor. *(Se sientan)* ¿Y qué, cómo se acogió? El libro.

FINA.- Uy, hubo sus controversias. Sobre todo con el final. Sí, cuando Amparo acaba de parir, bueno, de dar a luz, y pasan las cigarreras por delante de su casa gritando aquello de...



DOÑA EMILIA.- ¿Qué pasa? ¿No os gustó?

FINA.- A mí sí, claro. Mucho. Pero al mismo tiempo... ¿Qué quiso decir con eso?

DOÑA EMILIA.- Nada, que se dio esa coincidencia.

FINA.- Pues parece que tiene un aquel... como de mofa.

DOÑA EMILIA.- ¡No mujer, por favor! ¿Por qué dices eso?

FINA.- De retranca, luego.

DOÑA EMILIA.- ¿Retranca?

FINA.- Sí. ¿Cómo se dice en fino...?

DOÑA EMILIA.- ¿Ironía?

FINA.- Eso.

DOÑA EMILIA.- Pues...

FINA.- Es que, no sé... ¡Teníamos tantas esperanzas puestas en aquel cambio! ¡Tantas! Y acabó todo... como acabó.

DOÑA EMILIA.- Se veía venir.

FINA.- No me haga trampas, doña Emilia, que lo escribió usted diez años después. Así cualquiera.

DOÑA EMILIA.- Tienes razón, perdona. Es que con tanto jugar con el tiempo... Pero bueno, el que avisa no es traidor.

FINA.- ¿Cómo dice?

DOÑA EMILIA.- *(Yendo al comienzo delo libro)* Que yo ya avisaba. En el prólogo. *(Lee)* “Siempre consideré absurdo que un pueblo cifre sus esperanzas de redención y ventura en formas de gobierno que desco-



noce y a las que, por lo mismo, atribuye prodigiosas virtudes y maravillosos efectos”.

FINA.- ¿Entonces en qué debe... cifrarlas? ¿En lo que conoce? Cativa esperanza nos deja, doña Emilia. Y no me venga con aquello de que más vale malo conocido que bueno por conocer, que eso siempre lo dicen los que incluso con lo malo no les va tan mal.

DOÑA EMILIA.- Buen argumento. No sé si es acertado, pero es brillante.

FINA.- Fue un fracaso, sí. ¿Pero sabe qué? Aquí parece que sólo tienen derecho a fracasar los de siempre.

DOÑA EMILIA.- *(Tras un valorativo silencio)* ¿Tú qué final le pondrías, entonces?

FINA.- ¿A qué? *(Doña Emilia le muestra el libro)* Ah, no, yo sé rematar cigarros, no libros.

DOÑA EMILIA.- Bueno, vamos viendo y tú ya me dices... Amparo acaba de dar a luz.

25

Entra en escena Amparo, en camisón y muy desmejorada. Ya dio a luz. La acompaña la Comadreja, que la ayuda a moverse. Hasta el final doña Emilia y Fina observarán esa escena, que se desarrollará en paralelo a la suya.

COMADREJA.- ¡Mira que eres terca! Tienes fiebre. Donde tienes que estar es en cama.

AMPARO.- ¡Que no!

COMADREJA.- ¡A quien se le cuente!



AMPARO.- Me ahogo en ese cuarto. Necesito respirar. Sentirme viva. ¿Y el niño?

COMADREJA.- Está con tu madre. ¿Quieres que te lo traiga?

AMPARO.- Ahora mismo, no. *(Un instante)* ¿Y qué, qué se sabe del mundo?

COMADREJA.- Pues... las de García... *(Ante un gesto alterado de Amparo)*
Tranquila, que es para alegrarse. Se largan esta tarde para Madrid. Parece ser que ganaron definitivamente el pleito y se van a instalar allí.

AMPARO.- Pues déjalas ir.

COMADREJA.- A lo mejor les pasa algo por el camino, porque tal como están las cosas...

AMPARO.- ¿Y eso?

COMADREJA.- Dicen que la República ya está ahí. El rey ya se fue. Ya no nos aguanta más.

AMPARO.- Ana...

COMADREJA.- ¿Qué?

AMPARO.- ¿Tú me harías un favor?

COMADREJA.- Sí, claro.

AMPARO.- ¿Seguro?

COMADREJA.- Seguro. ¿Qué quieres?

AMPARO.- Que busques a Baltasar y que le digas que tuve un niño. Que el verá lo que hace.



COMADREJA.- ¿Para qué, Amparo? Déjalo estar. No quiere saber nada.

No le des más vueltas.

AMPARO.- Te pedí un favor. ¿Me lo haces o no?

COMADREJA.- Pero a ver...

AMPARO.- ¿Me lo haces o no?

COMADREJA.- ¿Tiene que ser ahora?

AMPARO.- ¡Ahora, sí!

COMADREJA.- Voy, luego. Pero tú descansa.

La Comadreja se va. Amparo queda medio adormecida.

24b

DOÑA EMILIA.- *(En paralelo)* Bueno, entre que va y viene, tú dirás...

FINA.- ¿Lo qué?

DOÑA EMILIA.- Esta visita...

FINA.- Ah, sí, claro... Es que... verá... en la Fábrica queda vacante un puesto de jefa de taller y...

DOÑA EMILIA.- ¿Y...?

FINA.- Y usted, que tiene tantas influencias, a lo mejor podía ayudarme a...

DOÑA EMILIA.- Pero ya te lo habían ofrecido en su momento y no aceptaste. *(Un poquito paródico)* Para que no te pararan los pies.

FINA.- Son tantas las cosas que pasaron desde entonces... y tantas las que no pasaron... que mis pies... ya no son lo que fueron.

DOÑA EMILIA.- Ya.



FINA.- Yo sé que no la traté muy bien cuando vino a la Fábrica por primera vez, pero...

DOÑA EMILIA.- Pero después fuiste la que más me ayudaste, así que, lo que en mi mano esté, cuenta con mi ayuda. *(Observando que regresa la Comadreja)* Pero ahora...

26

AMPARO.- *(Despertando)* ¿Qué?

COMADREJA.- ¡Uy, no sabes cómo están las calles! Parece que la República ya está ahí.

AMPARO.- Hace ocho días que se dice lo mismo.

COMADREJA.- Ya, pero... pensé que querías saberlo.

AMPARO.- Tú bien sabes lo que quiero saber.

COMADREJA.- Pues...

AMPARO.- ¿Qué?

COMADREJA.- En el cuartel no estaba.

AMPARO.- ¿Y en casa?

COMADREJA.- Tampoco. Parece ser que...

AMPARO.- ¿Qué?

COMADREJA.- Que se marchó ayer.

AMPARO.- ¿A dónde?

COMADREJA.- Para Madrid.

AMPARO.- ¿Para Madrid? *(La Comadreja asiente. Amparo, en un aumento súbito de la fiebre, entra en crisis)* ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia para el pueblo! ¡Váleme, señora del Amparo! ¿Cómo puedes consentir esto? ¡La pa-



labra es sagrada! ¡La palabra hay que cumplirla! ¡Los derechos...!
¡Nuestros derechos! ¡Todos somos iguales! ¡Iguales! ¡Hay que matar
a todos los oficiales! ¡A todos! ¡De alférez para arriba, todos...!

*La Comadreja salió un momento. Regresa con el bebé. Se lo pone en el
regazo a Amparo que, poco a poco, acercándolo al pecho, va recuperando
la calma.*

FINA.- ¿Sabe que le digo Doña Emilia? No sé qué quiso decir, ni cuál era
su intención, pero, Santa Rita, Santa Rita, a mí su final me vale como
está. ¡Y me lo sé de memoria! (*Encara al público*) "Se oía el paso de las
cigarreras que volvían de la Fábrica. Del grupo más compacto salie-
ron algunas gritando..."

El resto de las cigarreras entra en escena. Fina se les une y gritan:

CIGARRERAS.- ¡Viva la República Federal!

F I N

Texto y dirección
Cándido Pazó



Emilia y cigarreras